

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO

LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA:
DEL PROYECTO DE NACIÓN MESTIZA AL MULTICULTURALISMO

TESINA PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA
PRESENTA:
CHRISTIAN GERARDO ALVAREZ PERALTA
MATRÍCULA:
201209879
ASESOR (A): DRA. MARTA TORRES FALCÓN
ÁREA DE CONCENTRACIÓN:
SOCIOLOGÍA POLÍTICA

Enero de 2007

Índice

Introducción	.4
Capítulo 1. La identidad nacional como objeto de estudio de la Sociología	.7
1.1. La importancia de la nación y su vinculación con el Estado moderno	.7
1.1.1. La nación como símbolo de las sociedades modernas	.7
1.1.2. Elementos que integran una nación	.10
1.1.3. Etnicidad, ideología nacionalista y religión	.13
1.1.4. Una comunidad política imaginada	.16
1.1.5. El Estado nación: una nación proyectada	.18
1.2. La identidad nacional	.22
Capítulo 2. La identidad nacional mexicana: sus referentes simbólicos y contenidos culturales	.28
2.1. La idea de una nación mexicana	.28
2.2. La nación mexicana y los referentes de identidad nacional	.32
2.2.1. La sociedad colonial	.32
2.2.2. El patriotismo criollo	.33
2.2.3. Las Reformas Borbónicas	.36
2.2.4. Los ritos y símbolos nacionalistas del México independiente	.37
2.2.5. El conflicto entre liberales y conservadores	.40
2.2.6. La República Restaurada y la Generación de la Reforma	.43
2.2.7. El porfiriato	.44
2.2.8. La Revolución Mexicana y el nacionalismo revolucionario	.48
2.3. Del nacionalismo revolucionario en adelante: los cambios en la sociedad mexicana	.53

Capítulo 3. México en el contexto de la mundialización.	
Identidad única vs. pluralismo cultural y multiculturalismo	.63
3.1. El contexto de la modernidad reflexiva	.63
3.2. La idea de nación en tela de juicio y el proyecto del multiculturalismo	.65
3.3. ¿Una sola identidad mexicana?	.73
Conclusiones	.80
Bibliografía	.85

La identidad nacional mexicana: del proyecto de nación mestiza al multiculturalismo

Christian Gerardo Alvarez Peralta

Introducción

Esta tesina aborda el tema de *la identidad nacional mexicana* como representación colectiva de la nación, considerando los textos relevantes que han hablado de ella, ya sea de forma explícita o implícita, a partir del momento en que México es reconocido, de manera formal, como nación independiente¹.

La nación, en tanto perspectiva de organización social, ha constituido la trama sobre la que se teje la estructura social, cultural y política de México. La idea de una identidad nacional propia ha sido la principal forma de identidad colectiva de los mexicanos. Sólo hasta años recientes, sin embargo, tanto la idea de nación como de identidad nacional, no sólo en México sino en todo el mundo, se han visto cuestionadas por procesos y transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que han sido analizadas por perspectivas teóricas de alcance global como el *pluralismo cultural* y el *multiculturalismo*. No obstante, a pesar de tales cuestionamientos, el estudio de la nación y la identidad nacional sigue teniendo relevancia hoy en día en la comprensión e interpretación de los logros culturales y políticos de nuestro país y del resto del mundo y, de igual manera, permite entender el funcionamiento y organización de las sociedades actuales.

En este sentido, mi trabajo consiste en señalar cuáles son los referentes simbólicos y los contenidos culturales de la llamada *mexicanidad*, que fueron definidos como resultado del *proyecto de nación mestiza*. Posteriormente señalaré el probable *momento de ruptura* de aquél proyecto con la visión pluralista y el multiculturalismo. Ahora bien, mi intención no es enfocarme en caracterizaciones subjetivas o apreciaciones particulares de lo que distintos

¹ Aunque el texto se enfoca en el México independiente, en el segundo capítulo se consideran ciertas características del llamado *patriotismo criollo* que han perdurado en el imaginario colectivo de los mexicanos hasta nuestros días

autores han considerado como “lo mexicano”²: en lugar de ello, pondré mayor atención en los grandes procesos históricos, políticos y sociales que han condicionado la transformación de dichos referentes y contenidos, como es el caso de la construcción de una identidad nacional homogénea para legitimar al Estado nación, así como la incorporación de nuestro país a los procesos de *globalización* y *mundialización*, que actualmente ponen en tela de juicio la pertinencia de tal homogeneidad, ante el surgimiento de nuevas identidades culturales.

El planteamiento anterior quedaría sintetizado en las siguientes preguntas de investigación:

- 1) A partir del momento en que cobra relevancia el tema de la identidad nacional en nuestro país (del patriotismo criollo en adelante), ¿cuáles han sido los principales referentes simbólicos y los contenidos culturales que nos permiten hablar de la existencia de una identidad nacional mexicana?
- 2) ¿Cómo y por qué han variado y se han resignificado dichos referentes simbólicos y contenidos culturales?

Para intentar responder estas preguntas desarrollo mi argumento en tres capítulos; en el primero ofreceré una explicación de por qué es importante retomar los temas de *nación* e *identidad nacional* desde el punto de vista sociológico, así como una caracterización de dichos conceptos a partir de la cual pueda entenderse la noción de *identidad nacional mexicana* o *mexicanidad*. Lo anterior servirá como marco de referencia para abordar, en el segundo capítulo, el tema de la evolución de tal referente comunitario considerando los procesos históricos, políticos y sociales que han condicionado dicha evolución, hasta llegar al escenario en donde emergen el pluralismo cultural y el multiculturalismo como alternativas

² Autores como Samuel Ramos, Octavio Paz, José E. Iturriaga, entre otros, escribieron obras notables con respecto al “ser” y al carácter del mexicano, y la definición de “lo mexicano”. Tales textos presentan calificativos que los autores pretendieron atribuir a todos los mexicanos (“el mexicano es”), sin presentar evidencias empíricas, o bien, hacer énfasis en un sustento teórico que respalde dichas generalizaciones, tomando en cuenta la *heterogeneidad* de la población de México, en el amplio sentido del término (Béjar, 1986). Estos textos sólo presentan recreaciones particulares de una realidad, en su mayoría, vistas desde la perspectiva de la literatura y la filosofía. Por lo tanto, no requieren de evidencia empírica desde el punto de vista de las ciencias sociales. El presente trabajo pretende hacer énfasis en el punto de vista de la Sociología con respecto a la nación y a la identidad nacional. Es por ello que no me enfocaré directamente en los textos antes mencionados, sólo haré una breve referencia a ellos en el segundo capítulo para complementar mis argumentos, apoyándome en las reflexiones de Roger Bartra.

viables de sociedad. El tercer capítulo estará enfocado precisamente en este último tema, teniendo como telón de fondo los procesos de globalización y mundialización en los cuales está inserto actualmente nuestro país, y sus implicaciones más relevantes en lo que respecta a la nación y a la identidad nacional, para tratar de responder una tercera pregunta:

Una vez que se ha considerado el contexto de mundialización y sus implicaciones en los referentes simbólicos y contenidos culturales “nacionales” ¿sigue siendo relevante hoy en día hablar de una sola identidad nacional mexicana en el análisis sociológico?

Finalmente, propondré un apartado de conclusiones en el cual, de manera concreta, trataré de responder a las tres preguntas de investigación planteadas.

Capítulo 1. La identidad nacional como objeto de estudio de la Sociología

Toda periodización es una lectura del pasado desde el presente. Se hace para detectar líneas de continuidad y de ruptura, para observar lo que permanece y lo que cambia. Toda periodización implica un cierto grado de arbitrariedad o, si se prefiere, de subjetividad. Pero el esfuerzo se justifica si arroja algo de luz explicativa sobre el pasado y el presente.

José Woldenberg, 1993.

1.1. La importancia de la nación y su vinculación con el Estado moderno

1.1.1. La nación como símbolo de las sociedades modernas

De acuerdo con los estudios más recientes de la teoría sociológica moderna, las formas de organización social conocidas como “sociedades” no surgieron como resultado de un desarrollo lineal, progresivo y perfectamente articulado de la actividad humana a lo largo de la historia. Es decir, las sociedades no constituyen el estado de desarrollo más acabado, o bien, el punto de arribo “natural” de las llamadas “organizaciones tradicionales”. Anthony Giddens (1990) señala que la historia de la humanidad está marcada por ciertas discontinuidades y su desarrollo ha presentado escollos; en este sentido, las sociedades son entidades propias de un período histórico concreto llamado *modernidad*.

Como primera aproximación, puede señalarse que la modernidad se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa occidental alrededor del siglo XVII en adelante³ y cuya influencia, posteriormente, los ha convertido en más o menos mundiales. Dichos modos de vida están inspirados en el proyecto ético político, o corriente filosófico política, conocida como *Ilustración*. La finalidad de la Ilustración consistió en transformar los fundamentos éticos del orden social conocido como tradicional, el cual, de acuerdo con Tönnies (1986), se encontraba dividido en comunidades caracterizadas por poseer un alto sentido de pertenencia y de cohesión social entre sus miembros. De igual manera, se pertenecía a la comunidad mediante un estatus adscrito y la organización social se basaba en

³ Cabe señalar que no existe un consenso único o “universal” entre los teóricos de la modernidad con respecto al surgimiento (preciso) de la misma

el derecho consuetudinario y en los valores compartidos (como las tradiciones, los cultos, etc.). En este sentido, imperaba la *voluntad esencial*, es decir, se privilegiaban los medios de la acción (los valores, “el cómo” del hecho de convivencia). Finalmente, es importante señalar que en el orden tradicional no se concebia a las personas como entes individuales y autónomos, más bien la persona era reconocida como tal en la medida en que pertenecía a la comunidad.

La Ilustración, entonces, se propone romper con el orden tradicional a través de la difusión de un *ideal racionalista*, el cual promueve la autonomía del pensamiento humano como factor de explicación de los fenómenos sociales. Para los pensadores ilustrados, la cualidad esencial del ser humano es su capacidad innata de discernimiento, y se concibe al “individuo” como aquel que puede definirse a sí mismo, de forma autónoma⁴, y es precisamente en el concepto de individuo en donde descansa todo el proyecto, la propuesta ética de la modernidad.

La difusión del pensamiento moderno en el resto de Europa, y posteriormente en el resto del mundo, tuvo lugar a través de la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, el desarrollo de la imprenta, de los medios de comunicación y transporte, y de las conquistas y colonizaciones. De manera paulatina, dicho pensamiento fue marcando un tránsito contradictorio de lo comunal, lo corporativo, lo adscriptivo y lo sacro, a *lo social*: lo individual, lo racional, lo contractual y el orden laico⁵. Entonces, logra imponerse una organización social basada en la *voluntad reflexiva*: el privilegio de los fines de la acción, las relaciones instrumentales, formales, impersonales, autónomas, funcionales, transitorias y estratégicas. Ahora el individuo precede a la sociedad con un alto nivel de autonomía para diferenciar las fuentes de constitución de su identidad.

⁴ Esta noción de “individuo” lleva a Tomás Hobbes a recuperar una idea del derecho natural para realizar la primera propuesta filosófica moderna: El *luisnaturalismo moderno*, teoría según la cual todo individuo por naturaleza tiene derecho a gobernarse a sí mismo (Serret, 2002).

⁵ Giddens ubica tres categorías a partir de las cuales es posible reconocer las discontinuidades que distinguen a las instituciones sociales modernas de los órdenes sociales tradicionales.

- 1) El *ritmo de cambio* que la modernidad pone en movimiento. Es decir, el proceso de transformación acelerada de las instituciones modernas.
- 2) El *ámbito del cambio* de las instituciones se extiende al mundo entero y deja de ser local o nacional.
- 3) La *naturaleza intrínseca de las instituciones modernas*. La modernidad genera sociedades de un tipo específico, como los estados nacionales. (Giddens, 1990:19).

Al considerar a la Sociología como la disciplina dedicada al estudio de “sociedades”, en lo que realmente pensaban autores clásicos como Emile Durkheim y Max Weber, aunque no lo dijeron de manera explícita, era en las sociedades asociadas a la modernidad y concibieron unos sistemas perfectamente delimitados que poseen una unidad interna propia. En este sentido, el término “sociedades” se refiere a *estados nacionales*; por lo cual, dirá Giddens, al explicar la naturaleza de las sociedades modernas se deben captar las características específicas del estado nacional, es decir, de un tipo de comunidad social que contrasta radicalmente con los estados premodernos⁶.

Para el pensamiento occidental la nación constituye, al menos a partir del siglo XIX⁷, la *unidad social por excelencia* (Pérez, 1999) lo cual quiere decir que a partir de entonces la nación ha llegado a convertirse en la piedra angular sobre la que se construyen la mayor parte de nuestras percepciones sociales y mitos colectivos; la trama sobre la que se teje la estructura social, cultural y política del mundo; la forma primordial, y excluyente, de identidad colectiva; además de la principal, si no única, fuente de legitimación del poder político. Se hablará entonces de un arte nacional, una literatura nacional, un carácter nacional, e incluso, hasta un alma nacional⁸; de tal forma que el ser miembro de una nación parece haberse convertido en una necesidad que abarca todos los aspectos de la vida humana.

⁶ Es importante señalar que no todos los autores que han tomado a la nación como objeto de estudio concuerdan en lo que respecta al momento histórico en el que surgieron tales entidades. Hastings (2000), por ejemplo, señala que, tanto la palabra como el concepto de “nación” ya estaban presentes en el seno de la tradición lingüística, religiosa y cultural inglesa desde finales de la Edad Media, aunque es cierto que su influencia se haría más intensa después de la Reforma y el aumento de la difusión del conocimiento de la Biblia alcanzado por el protestantismo.

Por lo pronto, en el presente texto me enfocaré sólo en las aportaciones de los autores que consideran a la modernidad como el gran telón de fondo de la nación, para no desviar la discusión hacia un debate de corte histórico y, de esa manera, perder de vista el objetivo del texto.

⁷ Cappello (1993) considera que el conjunto de supuestos que dan forma y contenido a la filosofía del Estado nacional descansan en la doctrina del “nacionalismo”, la cual aparece en Europa al comienzo del siglo XIX. Para Chabod (1961), citado por Cappello, el sentimiento de nacionalidad es el sentido de individualidad histérica, que surge con el romanticismo de finales del siglo XVIII y que se manifiesta plenamente en el siglo XIX. “El sentir de la *nación* representa solo un aspecto de un movimiento más general al oponerse a la *razón*, valor supremo del período de la Ilustración, reivindica los derechos de la fantasía y del sentimiento” (Cappello, 1993:181).

⁸ Bodher (1961), citado por Cappello (1993) considera que la gran novedad del siglo XIX está en la concepción romántica de un alma nacional que se constituye en la suma de las características perennes, morales y espirituales de cada pueblo.

Así, el Estado- nación se constituye como el paradigma de organización más acabado de las sociedades contemporáneas, y sólo a mediados del siglo XX comienza a consolidarse en todo el mundo con la aparición de las nuevas naciones al término de la Segunda Guerra Mundial. El Estado nación no sólo se caracteriza por reflejar las cualidades de la ciudadanía, también les otorga forma. A esto estarán enfocadas las instituciones públicas que organizan la educación, los servicios comunitarios, las distintas actividades de la producción, e inclusive las formas de emplear el tiempo libre y la vida familiar.

En síntesis, se puede decir que la nación es un referente cultural comunitario, que tiene lugar en el contexto en el cual se define y consolida el Estado moderno. La nación estructura una forma de identidad colectiva: la identidad nacional, que no ha existido durante la mayor parte de la historia de la humanidad y que sólo ha logrado convertirse en hegemónica durante los dos últimos siglos. A continuación se hablará de la manera en que se define el concepto de nación.

1.1.2. Elementos que integran una nación

Luis Villoro (1999) señala que en los distintos criterios que diversos autores han utilizado para definir el concepto de *nación* suelen estar presentes cuatro características necesarias para poder aplicarlo a una asociación humana:

- 1) Una *comunidad de cultura*, es decir, una cultura en común, una forma de vida compartida, un solo sentido para ver y entender el mundo, un conjunto de creencias básicas, un lenguaje común, así como ritos, usos y costumbres propios.

En este sentido, dirá el autor que “la especificidad de una nación se expresa en la idea que sus miembros tienen de ella, esto es, en la manera de narrar su historia” (Villoro, 1999:14). Toda nación se ve a sí misma como continuidad en el tiempo y un individuo pertenece a la nación en la medida en que se integra en ese continuo. Entonces, para identificarse, toda nación acude a mitos o leyendas sobre su origen, o bien, a acontecimientos históricos concebidos como sucesos fundadores.

- 2) Una *conciencia de pertenencia* dada por la ascendencia de sangre (raza- etnia) y la integración a una *identidad nacional*, que implica la auto identificación del individuo con los valores de la nación.

Permanecer a una nación es asumir una forma de vida, incorporarse a una cultura, hacer suya una historia colectiva. No son la sangre, ni la raza o el lugar de nacimiento los signos de pertenencia, tampoco la adscripción política sino la integración a una identidad cultural [...] Una nación es, pues, una entidad con la que se auto- identifican un conjunto de personas, por distintas que puedan ser sus características individuales o de grupo (Villoro, 1999 14).

- 3) Un *proyecto común* con base en una tradición, en la elección de fines y valores que le dan sentido a la vida, en la voluntad de pertenecer a, así como en el hecho de aceptarse como parte de un proceso común.

En este sentido, también puede entenderse la idea de nación como un grupo humano que decide perdurar como comunidad. Así, quien pertenece a una nación se acepta como parte de un destino común al ligar el destino de su propia vida a una suerte comunitaria.

- 4) La *relación con un territorio*, considerando que la nación es continuidad en el tiempo y en el espacio dicha relación también implica remitirse al origen y al proyecto futuro, es decir, al mito (*de dónde vengo*) y a la utopía (*hacia dónde voy*); además, el territorio puede ser real, simbólico, o bien un territorio *por venir*.

En síntesis, de acuerdo con Villoro, para formar una nación es necesario compartir cultura, lenguaje, ascendencia, sentido de pertenencia, economía, territorio y un proyecto común. El individuo debe sentirse identificado con la nación a la que pertenece (*auto identificación*); a lo cual añadirá Anthony Smith (1997) un conjunto de *derechos y deberes legales* iguales para todos sus miembros, así como una *cultura de masas común*.

Como puede observarse, al conceptuar a la nación estos autores siguen una lógica acumulativa; la suma de una serie de principios (territorio, cultura, etc.) determina la nación. No obstante, dirá Pérez Vejo, ninguno de esos *lazos objetivos* es esencial a la existencia o definición de la nación. Según este autor, una nación como tal puede existir a pesar de la

ausencia de alguno de ellos, y el peso que cada lazo ha tenido en la conformación de la unidad nacional no ha sido el mismo en todos los países; de ahí la dificultad para definir la nación como una entidad objetiva.

Además, de acuerdo con Fredrik Barth (1976), citado por Gilberto Giménez (1996), desde el punto de vista subjetivo del actor social, no todos los rasgos culturales inventariados por un observador externo (como son los teóricos), son pertinentes en la misma medida para la definición de su identidad; lo son sólo algunos de éstos socialmente seleccionados, jerarquizados y codificados para marcar de manera simbólica sus fronteras al interactuar con otros actores sociales. Más aún, para definir su identidad, señala Barth, el actor podrá invocar rasgos culturales objetivamente inexistentes y hasta tradiciones inventadas. Por lo tanto, dirá Giménez:

[...] Los elementos diacríticos y los valores básicos de una identidad social realmente existente no podrán ser inferidos de una lista descriptiva de rasgos o de diferencias culturales (Giménez, 1993:26)

Cabe precisar que estas tres últimas posturas reconocen que en toda comunidad nacional existen lazos objetivos percibidos como tales por sus miembros. En este sentido, lo ficticio sería el hecho de elevar alguno de estos principios a elemento de diferenciación absoluto, es decir, como determinante de la nacionalidad. Lo importante, a final de cuentas, es reconocer que la idea de nación tiene un carácter circunstancial e histórico, lo cual implica suponer que la identificación nacional no siempre ha existido, que no es consustancial a la naturaleza humana y que las identificaciones nacionales posibles son múltiples, variadas y contradictorias. Enseguida se hablará sobre las nociones de etnicidad, ideología nacionalista y religión, elementos que permiten entender el concepto de nación.

1.1.3. Etnicidad, ideología nacionalista y religión

Si se considera a la nación como objeto de estudio no se deben perder de vista los siguientes conceptos: etnicidad, ideología nacionalista y religión. Estos tres elementos han estado estrechamente vinculados entre sí, y por lo tanto, sería imposible comprender adecuadamente

a uno de ellos sin considerar a los otros. Además, en conjunto, han sido componentes distintivos y determinantes de la historia mundial.

De acuerdo con Hastings (2000) una etnia es un grupo de personas con una identidad cultural y una lengua hablada comunes⁹. Constituye el mayor elemento de distinción en todas las sociedades prenacionales, pero puede sobrevivir como una fuerte subdivisión con una lealtad propia dentro de las naciones establecidas. Cabe precisar que el concepto de "etnia" tiende a aplicarse a comunidades de cultura no necesariamente ligadas a un territorio; tampoco incluye la voluntad de constituirse en nación. En este sentido, una "nación" sería una o varias etnias *que conservan un patrón de cultura común, una unidad histórica y una referencia territorial*. Entonces, a diferencia de aquellas etnias que no guardan la unidad de la sociedad a la cual pertenecen, y por tanto constituyen *minorías*, las etnias que forman una nación pueden manifestar un proyecto histórico común y exigir su autodeterminación frente a otros grupos¹⁰.

Por otra parte, una ideología nacionalista tiene dos componentes: uno teórico y otro práctico. Como teoría política (la que indica que cada "nación" debería disponer de su propio "Estado") deriva de finales del siglo XVIII¹¹. Sin embargo, dirá Hastings:

[...] Ese principio general impulsa a pocos nacionalistas. En la práctica el nacionalismo es fuerte sólo desde un punto de vista particularista, cuando deriva de la creencia de que su etnicidad o tradición nacional es especialmente valiosa y es necesario defenderla casi a cualquier precio mediante la creación o la ampliación de su propia nación Estado (Hastings, 2000:15)

Una ideología nacionalista representa, entonces, un movimiento que quiere proporcionar un Estado a una nación dada, o ampliar aún más los supuestos intereses de su propia "nación

⁹ Roland Bréton define a una etnia como "un grupo de individuos vinculados por un complejo de caracteres comunes (antropológicos, lingüísticos, políticos, históricos, etc.) cuya asociación constituye un sistema propio, una estructura esencialmente cultural, una cultura" (Villoro, 1999:19)

¹⁰ Cabe señalar que una etnia puede reivindicar una nacionalidad o considerarse una minoría dentro de una nación o un Estado según el contexto determinado y las circunstancias de las relaciones políticas entre los distintos componentes sociales de una nación multicultural (Villoro, 1999)

¹¹ De acuerdo con Smith, el nacionalismo, como movimiento y como ideología, data de finales del siglo XVIII. Antes de la época que concluyó con la Revolución Francesa sólo había habido expresiones fugaces del sentimiento nacional, así como vagas insinuaciones de las ideas fundamentales del nacionalismo y su hincapié en la autonomía de naciones culturalmente singulares (Smith, 1997).

Estado" independientemente de otras consideraciones¹². Surge principalmente cuando una identidad étnica o nación determinada se siente amenazada en lo referente a su propio carácter, extensión o importancia, bien sea por un ataque externo, o bien, por el sistema estatal del que hasta ese momento ha formado parte.

Así mismo, de acuerdo con Smith, el término *nacionalismo* puede tener los siguientes significados:

1. Todo el proceso de formación y mantenimiento de los Estados- nación;
2. La conciencia de pertenecer a una nación, junto con los sentimientos y aspiraciones a su seguridad y prosperidad;
3. El lenguaje y el simbolismo de la "nación" y de su papel;
4. Una ideología, que incluye una doctrina cultural de las naciones y de la voluntad nacional y normas para que se hagan realidad las aspiraciones nacionales y la voluntad nacional, y
5. El movimiento social y político que se propone alcanzar los objetivos de la nación y hacer realidad la voluntad nacional.

Con base en dichos significados, Smith aporta una definición propia del término *nacionalismo* a manera de síntesis: *un movimiento ideológico para lograr y mantener la autonomía, unidad e identidad en nombre de un grupo humano que según algunos de sus componentes constituye de hecho o en potencia una nación* (Smith, 1997:66-67).

Ahora bien, es importante señalar que una ideología nacionalista, y en especial la manera en que ésta le da forma a la imagen nacional, se diseña principalmente dentro de las redes de poder. Como señala Tenorio:

En cada país, la creación de una imagen nacional fue obra de aquellos que tenían poder (político, cultural), y sólo a través de la consideración de otras imágenes nacionales, ya que sólo mediante esta constante interacción las imágenes nacionales adquieren sentido. Así, creo, surgió un "patrón" relativamente claro de la "nación moderna" (Tenorio, 1998:324).

¹² Mas adelante ahondará en el tema de la relación entre el Estado y la nación

Finalmente, la religión es considerada como un elemento integral de muchas culturas, de la mayoría de las etnias y de algunos Estados. Para el mundo cristiano, por ejemplo, el modelo original de nación está indicado en la Biblia. Sin ella, dirá Hastings, y sin su interpretación y aplicación cristianas, es discutible que las naciones y el nacionalismo, tal y como lo conocemos, hubieran podido existir. Además, la religión ha producido el carácter dominante de algunas naciones con forma de Estados y de algunos nacionalismos.

El cristianismo bíblico sostiene el mundo cultural y político a partir del cual surgieron los fenómenos de nacionalidad y nacionalismo en su conjunto, al tiempo que, en buena parte de los casos, proporcionó un ingrediente crucial en la historia particular tanto de las naciones como de los nacionalismos (Hastings, 2000:15)

Las relaciones entre la ideología nacionalista y la religión son enormemente complejas, y no se limitan, como cabría suponer en una primera aproximación, a la sustitución en el imaginario colectivo de éste por aquella en las sociedades modernas; en muchos casos, como en España, la religión es un elemento básico en el ámbito simbólico en la configuración de cierta idea nacional, con mayor motivo cuando aparece como propio o particular de un pueblo puesto en contacto con un poder exterior de credo religioso hostil. De hecho, aunque el nacionalismo se presenta como una ideología fundamentalmente secular, no es extraño que existan nacionalismos religiosos. Siguiendo a Smith, los nacionalistas, a menudo, han considerado necesario apelar a los sentimientos religiosos de las masas, y además, les ha resultado relativamente fácil identificar la nación con la comunidad religiosa en los casos en que esta última define los límites de la comunidad étnica, como Sri Lanka, Armenia, Polonia e Irlanda.

Como puede apreciarse, las naciones también se conforman a partir de las identidades étnicas, la expansión de la religión y los conflictos que ello implica, la propaganda nacionalista difundida gracias a la imprenta, y además, se conforman a partir de las presiones administrativas. Pero dicha conformación se va consolidando lentamente, de manera que en un punto determinado del tiempo, generalmente, no se puede establecer sin más “esta es una nación” o “esta no lo es”. A continuación se explicará por qué es considerada la idea de

nación como una invención colectiva, y se señalará el vínculo que existe entre la nación y la política.

1.1.4. Una comunidad política imaginada

Las naciones en general, y la mexicana en particular, no son sólo entidades objetivas. Es decir, no se trata de afirmar de manera contundente si una colectividad concreta (el llamado “pueblo mexicano”) es o no una nación. En este caso, el propósito es señalar los referentes simbólicos y los contenidos culturales que nos permiten hablar de la existencia de una nación específica, lo cual implica entender las razones por las cuales dichos referentes y contenidos han variado a lo largo del tiempo.

De hecho, Pérez Vejo señala que las naciones no son realidades objetivas, sino *invenciones colectivas*:

Las naciones no nacen, sino se crean o, mejor, se inventan. En esa metáfora de cuerpo construido en que descansa la idea de lo nacional, la voluntad cuenta más que la conciencia, y los mitos, las costumbres, las lenguas, la historia, etc. sólo adquieren poder por la repetición, la difusión y, en definitiva, la construcción (Pérez, 1999:17)

Cappello concuerda con esta visión al referirse al Estado:

El Estado *per se* no significa más que un plano o un esquema potencial que facilita las relaciones sociales. Se vuelve un plano sustantivo cuando adquiere el sentido de representar legítimamente a la ciudadanía con reglas consensualmente establecidas por la voluntad de las mayorías (Cappello, 1993:187).

Además, la identidad (en el amplio sentido del término) supone por definición, según Giménez:

[...] el punto de vista subjetivo de los actores sociales¹³ acerca de su unidad y sus fronteras simbólicas; respecto a su relativa persistencia en el tiempo; así como en torno de su ubicación en el mundo, es decir, en el espacio social (Giménez, 1993:24).

¹³ Cursivas del autor

Por otra parte, aunque pareciera que las naciones surgen a partir de decretos y normas políticas, estos autores estarán de acuerdo en que más bien se inventan a partir de *valores* y *simbolos culturales*, lo cual no impide que la cuestión nacional pueda llegar a convertirse en *el argumento político por excelencia*. En este sentido, la nación, en tanto concepto multidimensional, constituye una categoría ideal que establece un modelo de referencia o piedra de toque al que los casos concretos se acercan en mayor o menor medida.

No obstante, habrá autores como Hermann Heller (1985), citado por Laura Moya (2003), para quienes la voluntad política constituya un elemento inherente en la conformación de una nación:

El pueblo cultural que en sí es políticamente amorfo, se convierte en nación cuando la conciencia de pertenecer al conjunto llega a transformarse en una conexión de voluntad política. Para construir la nación, no basta en modo alguno el sentimiento de comunidad meramente étnica. Sólo cuando un pueblo se esfuerza por mantener y expandir su manera propia mediante una voluntad política relativamente unitaria, cosa que por ejemplo no sucede en los llamados pueblos naturales, sólo entonces podremos hablar de nación (Moya, 2003:180).

Por su parte, Benedict Anderson (1993) señala que el sentirse miembro de una nación es una cuestión de imágenes mentales y forma parte del campo de la historia de la cultura y no de la política, lo que no excluye que dichas imágenes sean utilizadas como arma política, como forma de acceso y control del poder e, incluso, que sea el poder político el que esté en el origen de esta creación imaginaria. En este sentido, el autor define a la nación como *una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana*¹⁴ (Anderson, 1993:23). Es *imaginada* porque sus miembros no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en su mente vive la imagen de comunión; es *limitada* porque incluso la mayor de ellas tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones; además, ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad; es *soberana* porque supone en el Estado una autoridad única, tanto para producir leyes como para hacerlas cumplir en un territorio específico (Cappello, 1993); y es *comunidad política* porque, pese a las desigualdades sociales, se concibe como un compañerismo profundo y horizontal.

¹⁴ Cursivas mías.

Una vez que se ha señalado por qué se considera a la nación como una comunidad imaginada y cuál es su vínculo con la política, es importante hablar sobre los tipos de nación existentes y de la vinculación del Estado con la nación.

1.1.5. El Estado nación: una nación proyectada

Si consideramos que las condiciones culturales que Villoro y Smith atribuyen a toda nación (comunidad de cultura, conciencia de pertenencia, proyecto común, relación con un territorio, la cultura de masas, y los derechos y deberes comunes) no son tomadas en cuenta con el mismo peso para definir a las distintas naciones existentes, Villoro distingue dos clases de naciones, según el mayor énfasis puesto en una u otra de tales condiciones: las *naciones históricas* y las *naciones proyectadas*. En las primeras el reconocimiento de la nación está basado en las costumbres y creencias colectivas, instauradas por una historia y legitimadas por la aceptación común; en este sentido, dirá el autor, "el origen y la continuidad cultural son los ejes de la identidad nacional, los que miden su pertenencia a ella" (Villoro, 1999:16). En cambio, en las naciones proyectadas el énfasis pasa de la aceptación de una identidad heredada a la decisión de construirla; así, la nación proyectada puede rechazar una nación histórica antecedente e intentar forjar sobre sus ruinas una nueva entidad colectiva, como en el caso de México.

Si la nación histórica funda su identidad en su origen y transcurso en el tiempo, la proyectada la construye mediante una decisión voluntaria. En aquella, de la historia nace el proyecto nacional; en esta, del proyecto nacional se origina la interpretación de la historia (Villoro, 1999:16).

Si esto es así, entonces, de acuerdo con el autor, las naciones tradicionales corresponden predominantemente a las naciones históricas y el Estado moderno a la segunda clase. Ahora bien, cuando se hace referencia al Estado- nación en tanto forma de nación proyectada, es importante aclarar que, aunque hoy en día sea muy difícil concebir una nación separada de un vínculo político con un Estado unificado, las naciones no siempre han coincidido con tal forma de organización política, más bien la idea de un Estado- nación como tal es una concepción moderna que corresponde a un momento preciso de la historia de occidente (Pérez, 1999; Smith, 1997; Villoro, 1999). De acuerdo con Hastings, Inglaterra es el primer

país que presenta el prototipo de nación y de nación Estado, en el sentido más pleno, desde tiempo antes del siglo XVIII, y el atractivo y aparente poder de dicha nación Estado garantizaba que antes o después su línea sería aceptada por el resto de Europa.

Es propiamente en el siglo XIX cuando la Europa Central, del Sur y del Este manifiestan un esfuerzo por imitar el modelo político proporcionado por Inglaterra, y posteriormente por Francia, debido a la expansión de la influencia política e ideológica de la revolución Francesa y las guerras napoleónicas, seguidas de un aumento significativo de las publicaciones en muchos idiomas. Tal vez las sociedades humanas pudieron haber subsistido durante mucho tiempo sin la necesidad de tener un sistema permanente de autoridad; sin embargo, cuando surge el conflicto interno entre los miembros de la sociedad por distintas razones; o bien, cuando dicha sociedad se ve amenazada por grupos externos a ella, el surgimiento del estado resulta imprescindible para evitar su desintegración.

Para Max Weber (1987), el Estado moderno tiene un doble carácter: en primer lugar, es entendido como un aparato administrativo que se orienta a organizar los servicios públicos y a realizar las tareas de coordinación; y en segundo lugar, es explicado como el monopolio de la coacción física de los individuos, lo cual se liga estrechamente a la idea del Estado como garante de la seguridad y el orden social. En este sentido, el objetivo fundamental de un Estado nación es compactar, unificar y cohesionar lo diverso; lo cual implica, en términos económicos, establecer un mercado y una política fiscal comunes, una moneda única y medidas únicas; en términos políticos, establecer una ciudadanía por encima de la diferenciación étnica; y en términos culturales, establecer un solo idioma como lengua oficial y un sistema nacional educativo.

Al considerar las definiciones de nación y de Estado señaladas, es posible observar que a lo largo de la historia han existido varias formas de relación entre Estados y naciones, y los Estados que coinciden con una unidad nacional son en realidad, como señala Villoro, la excepción (Francia, Suecia, Países bajos, tal vez). Así, existen Estados que resguardan en su interior a distintas naciones (España, Rusia, Canadá); Estados federales que reconocen

variantes regionales dentro de una nacionalidad hegemónica (Alemania); o bien, Estados con una nacionalidad dominante y otras minoritarias (China, México). Y a la inversa, hay naciones divididas en varios Estados (kurdos, armenios, mongoles) o aun naciones sin Estado (palestinos).

Además, la manera como un individuo pertenece a una nación o a un Estado es distinta. La auto identificación con una forma de vida y una cultura define la pertenencia a una nación; la pertenencia a un Estado se define por sumisión a una autoridad y al sistema normativo que establece. De igual manera, Estado y nación responden a necesidades básicas diferentes. La nación satisface el anhelo de todo hombre de pertenecer a una comunidad amplia y de afirmar su identidad en ella. El Estado cumple otro valor que también es universal: el de la seguridad y el orden. En este sentido:

Al garantizar la paz y el orden en el interior y la defensa frente al exterior, el Estado tiene que procurar también cierta convivencia equitativa y cierto desarrollo de todos los pueblos que lo componen, pero no puede suplir la conciencia de pertenencia personal y de identidad común que corresponden a la nación (Villoro, 1999:18).

Por lo tanto, podría haber un Estado sin nación y una nación sin Estado. Este último autor señala que lo primero consistiría en una misma situación de dominio político sobre un conjunto de individuos pertenecientes a culturas diferentes, o bien, sobre grupos sociales con pertenencias y proyectos diversos; y que, una nación sin Estado, en cambio, sería una sociedad que compartiera cultura e historia comunes, pero que no hubiera establecido un poder coactivo sobre ella (lo cual supondría una nación sin conflictos).

Los autores concuerdan en que el Estado- nación moderno logra su consolidación definitiva con las revoluciones democráticas de los siglos XVIII y XIX (Anderson, 1993; Pérez, 1999; Villoro, 1999)¹⁵; es decir, solo hasta ese momento se concibe a la nación y al Estado como una sola unidad, y la soberanía ya no se adjudica a una persona o a un grupo, como en los antiguos imperios o monarquías europeas, sino a la totalidad de los ciudadanos- individuos

¹⁵ Cabe señalar que en ese periodo histórico dicha consolidación sólo tuvo lugar en los países occidentales. El Estado- nación alcanzará su consolidación a escala mundial, más bien, hasta la segunda mitad del siglo XX (Cappello, 1993).

que se unen libremente por contrato, lo cual tiene una justificación teórica en las doctrinas de J. Bodin y, más tarde, de T. Hobbes, J. Locke y J. Rousseau.

De esta manera, la sociedad deja de ser vista como la compleja red de grupos distintos, asociaciones y culturas diversas que se han ido desarrollando a lo largo de la historia, y se concibe como un conjunto de individuos que están de acuerdo en hacer suya una voluntad general. “Sólo así se pasará de una asociación impuesta por una necesidad histórica a otra basada en la libertad de los asociados” (Villoro, 1999:25). Es entonces cuando en los países occidentales se asume la idea de que la nación emana de la voluntad del *pueblo*, entendiendo dicho término como “la suma de ciudadanos individuales, con independencia de su situación social, de su pertenencia a determinadas comunidades, clases, culturas” (Villoro, 1999:26). En este sentido, podría decirse que un *pueblo* imaginado de individuos abstractos reemplaza a los pueblos reales; o bien, que la nación proyectada reemplaza a las naciones históricas.

En efecto, el Estado nación que ha surgido de las revoluciones modernas, *no reconoce comunidades históricas previamente existentes*; más bien, parte de cero, del “estado de naturaleza” (dirían los Ilustrados), y constituye una nueva realidad política. De esta manera, el Estado nación moderno impone un orden sobre la compleja diversidad de los grupos sociales que lo componen, a través de una legislación general, de una administración central y de un poder único, sobre una sociedad que se figura formada por ciudadanos iguales. Así, el Estado tiende a borrar, o por lo menos ignorar, las culturas diferenciadas que forman parte del mismo. En este sentido:

[...] Al integrarse al Estado- nación, el individuo debe hacer a un lado sus peculiares rasgos biológicos, étnicos, sociales o regionales, para convertirse en simple ciudadano, igual a todos los demás. La función de ciudadano hace abstracción de toda diferencia, lo despoja de su pertenencia a comunidades concretas para, en igualdad de condiciones con todos los demás individuos, formular un nuevo “contrato social”, “un contrato según el cual el individuo ha de ser extirpado de su comunidad de origen para reintegrarlo a una nueva sociedad de leyes” [Rubert de Ventós] (Villoro, 1999:26).

Es importante señalar que la ciudadanía, en tanto “membresía nacional” (Tamayo, 1999), es reconocida como una categoría cultural que va más allá de los simples procedimientos

jurídicos, porque ser miembro de un Estado nacional significa poseer derechos y obligaciones y, por ende, expresar sentimientos de pertenencia a una comunidad, con privilegios, con exigencias, con valores compartidos, con disposición a la solidaridad, etc. Todas esas dimensiones que se expresan a través del conocimiento de una historia concurrente y de un lenguaje aceptado por todos.

Se obtiene así la nacionalidad. *se disfruta* del ejercicio de una ciudadanía en específico, *se tiene la posibilidad* de transitar libremente aunque dentro de ciertos límites, o *la obligación* de realizar el servicio militar para cumplir con la *Patria*, o el *privilegio* de ser sujeto de las políticas de bienestar social promovidas por el Estado, o *a verse apremiado* a comportarse con patriotismo ante los símbolos y valores homogéneamente constituidos, en suma, se siente unido, y desde muy adentro del ser a veces apasionadamente, parte de la identidad nacional (Tamayo, 1999:64).

Hasta el momento se han abordado los conceptos de nación y de Estado, haciendo énfasis en sus implicaciones sociales, culturales y políticas. Es preciso tratar, a continuación, el tema de la identidad nacional.

1.2. La identidad nacional

Al explicar cómo y por qué surgen y se redefinen las naciones, es necesario considerar las identidades y vínculos étnicos que constituyen, en la mayoría de los casos, su fundamento cultural. La noción de una identidad nacional constituida como identidad colectiva es considerada como uno de los elementos inherentes de la idea de nación en tanto unidad de referencia o comunidad de sentido de una población; además de ser, a su vez, un problema histórico y sociológico recurrente a lo largo de la historia de México.

Desde un enfoque sociológico, se puede decir que la identidad le da al individuo puntos de referencia fijos (*anclajes sociales*, dirá Giddens) que le permiten acotar su propia individualidad (*su yo*) con respecto al entorno. Así mismo, André Green (1990), citado por Laura Moya, señala que el *proceso de socialización* constituye la manera primordial a través de la cual el individuo define su propia identidad, ya que es el otro quien posee el código simbólico que contiene las normas de comportamiento y los límites de las expectativas. Pérez

Vejo concuerda con lo anterior al decir que el surgimiento de cualquier representación colectiva, como lo es la identidad nacional, implica el hecho de que los individuos aceptan una serie de normas y valores como propios y los interiorizan como determinantes de todo su comportamiento social.

Cabe señalar, además, que la búsqueda de similitudes y distinciones es lo que permite que las identidades, tanto individuales como colectivas y sociales, se conformen como tales, por lo cual dicha búsqueda constituye *el principio dinámico de la vida social* (Moya, 2003). Al respecto, la autora señala lo siguiente:

En lo anterior [en la conformación de las identidades individual y colectiva] se asume que la inclusión acarrea también la exclusión del otro o de los otros, los extraños, es decir el criterio de “membresía” a la comunidad significa crear una frontera frente a la cual lo que se encuentra más allá de aquella, simplemente no pertenece [...] Desde el terreno de la sociología se puede afirmar que una colectividad es una pluralidad de individuos que o se ven así mismos como similares o bien tienen en común comportamientos o circunstancias también similares (Moya, 2003:107).

Al referirse propiamente a la identidad nacional, A. Smith señala que las funciones de ésta pueden ser *externas* o *internas*. Las *externas* sitúan territorialmente a la comunidad en el tiempo y en el espacio; controlan los recursos y el patrimonio nacional; y refuerzan al estado y sus instituciones a través de la legitimidad frente al exterior. De esta manera, la colectividad que se asume como perteneciente a la nación reconoce un territorio específico como propio; identifica (e incluso defiende) los recursos y símbolos considerados como “patrimonio nacional” frente a otros vistos como externos; y además, le otorga confianza y credibilidad a las autoridades e instituciones.

Las funciones *internas* de la identidad nacional proveen con la educación un proceso de socialización; con los símbolos permiten una identidad colectiva, y con la autorrealización definen la personalidad del individuo.

Así, a través de los sistemas de educación se inculca a los individuos adhesión a una cultura homogénea, “la cultura nacional”, para que lleguen a ser “ciudadanos” y “naturales” de la

nación. Los símbolos (banderas, himnos, monedas, ceremonias) recuerdan a los miembros el patrimonio y el parentesco cultural que comparten, y hacen que se sientan fortalecidos y enaltecidos por un sentimiento de identidad y pertenencia común. “La nación se convierte en un grupo <que-logra-lealtades>, capaz de superar obstáculos y dificultades” (Smith, 1997:15). Por último, gracias a la cultura colectiva podemos saber “quiénes somos” en el mundo contemporáneo.

Al redescubrir esa cultura nos “redescubrimos” a nosotros mismos, nuestra “auténtica personalidad”, o al menos así lo han creído muchos individuos divididos y desorientados que han tenido que enfrentarse con los grandes cambios e incertidumbres del mundo moderno (Smith, 1997:15).

Por otra parte, además de considerar al proceso de socialización como factor constitutivo de la identidad nacional, Pérez Vejo señala que, en forma más precisa, dicha identidad es el fruto de una determinada *coerción ideológica* (Pérez, 1999), que puede llevarse a cabo de dos formas: la que se ejerce con la intención de legitimar determinado Estado (*nacionalismo oficial*) y la que se hace en contra del Estado existente buscando el establecimiento de un Estado alternativo (*nacionalismo no oficial*). Esta tipología supone situar a la nación como un problema de Estado. La nación sería, en este sentido, el resultado de las necesidades de legitimación de esa nueva forma de ejercicio del poder político que conocemos como Estado moderno.

Así, siguiendo al autor, en el caso de los nacionalismos oficiales, la construcción de la nación se lleva a cabo a través de aquellas formas de expresión más directamente controladas por el Estado: el arte y la cultura oficial.

Como norma general, en estos casos la construcción de una identidad nacional aparece ligada al desarrollo de una alta cultura alfabetizada, gestada en torno a los círculos de la burocracia estatal, que es promovida a la categoría de cultura nacional. La nación es forjada por las instituciones estatales y en torno a sus expresiones culturales (Pérez, 1999:22).

Además, de acuerdo con Habermas (1989), citado por Tamayo (1999), se puede decir que el consenso social que se logra a través del nacionalismo oficial, basado en valores asumidos como “naturales”, se logra por la socialización de éstos en el mundo de la vida en forma contradictoria, porque en la mayoría de los casos se da una *colonización interna* del sistema

sobre la vida cotidiana y no necesariamente por un libre pacto entre los individuos o por el simple hecho de compartir valores que no necesariamente son comunes a todos.

Por el contrario, en el caso de los nacionalismos no oficiales, la nación se construye a través de las formas de expresión oral, y en general toda la cultura "popular", que abarca el conjunto de las expresiones culturales que no están controladas por el Estado.

Se puede decir, entonces, que los nacionalismos oficiales encuentran su base última *en la historia*, una historia señalada por las instituciones estatales como historia nacional y en la que el pasado de la nación se confunde con el del Estado; los no oficiales encuentran su base *en la etnografía*, concebida como el estudio, codificación e idealización de las culturas populares hasta convertirlas en fundamento de la cultura nacional.

Con base en una revisión histórica, se puede decir que en toda Europa Occidental la creación/invención de identidades nacionales ha estado unida, en la mayoría de los casos, a la actividad estatal. Es decir, se puede hablar propiamente de nacionalismos oficiales. En su proceso de expansión en tanto espacio político, el Estado recurrirá a la coerción ideológica y física como norma de actuación.

La coerción ideológica se refiere a la construcción de una imagen mental de tipo integrador, lo que conocemos como *nación*. En este sentido, la coerción ideológica va a centrarse en el desarrollo de una identidad nacional homogénea, capaz de legitimar el lugar del Estado como defensor y garante de dicha comunidad.

Una comunidad lingüística, religiosa e ideológicamente homogénea ofrecía muchas más ventajas a los gobernantes: era más fácil que se identificase con su Estado, había más posibilidades de que, considerándose con un origen común, se uniera contra un enemigo exterior, y sobre todo, legitimaba el propio ejercicio del poder por parte del Estado *al convertirlo en una emanación de la propia comunidad nacional*¹⁵ (Pérez, 1999:24).

¹⁶ Cursivas mías

Así, la coerción ideológica es un aspecto que explica, en parte, el éxito de los Estados- nación frente a otras formas posibles de organización política, el peso del Estado en la configuración de una identidad nacional y la victoria de la nación como forma de organización social. En definitiva, el triunfo del Estado- nación como forma hegemónica de organización política.

Ahora bien, en la mayoría de los países europeos la construcción de una identidad nacional a partir de un grupo étnico dominante supone dos procesos paralelos, el de *la nación como unidad política* y el de *la nación como unidad cultural*, y en ambos el papel del Estado es claramente determinante, configurando, precisamente a través de un mecanismo de coerción ideológica, una *etnia mitica* (Pérez) que sirva de sustrato simbólico a esa “nación natural”, como lo es el caso de la etnia mestiza en el México independiente. El mayor o menor éxito del proceso dependerá en gran medida de la existencia o no de etnias o “subnacionalidades” con un avanzado proceso de identificación.

De hecho, el nacionalismo es siempre dirigido por grupos minoritarios, instruidos, que necesitan apoyarse en otros grupos sociales. En los nacionalismos oficiales éstos se vinculan de forma directa con la burocracia político- administrativa del Estado.

En esa especie de triángulo mágico del nacionalismo, formado por “el sentimiento popular, los sueños de los intelectuales y las prácticas manipuladoras de los políticos”, son estos dos últimos los privilegiados, los que ocupan un lugar preponderante, sin olvidar que el objetivo de ambos es actuar sobre el primero (Pérez, 1999:35)

En este sentido, la idea de un nacionalismo popular, nacido espontáneamente del pueblo, es, quizás uno de los mitos más extendidos y más falsos de los muchos que acompañan a la ideología nacionalista. “La nación es siempre una codificación de las clases cultivadas, nunca una emanación espontánea de las clases populares” (Pérez, 1999:35).

Así, a través de la “historia oficial” se crean los arquetipos nacionales (las glorias, los héroes, los símbolos patrios, etc.), y estos se difunden, primero a través del proceso de socialización de los individuos al interior de la familia y en el sistema educativo, y posteriormente, lo hacen en forma masiva principalmente a través de la literatura, la prensa, y el arte en general.

El proceso de difusión llega a su punto álgido con los medios de comunicación masiva, capaces de homogeneizar espacios socio-geográficos cada vez más amplios.

Además del papel de la élite estatal en la conformación de la identidad nacional, es importante hacer hincapié en el *sentido de pertenencia* como característica esencial de esta última en las sociedades modernas, ya que dicho sentido significa la apropiación por parte de los ciudadanos no sólo de los valores, sino también de la historia y de las formas representativas de los símbolos en que se forja la idea de nación considerada como propia, por medio de sus instituciones formales e informales, como la familia, la religión, la escuela, la moneda, los partidos políticos, las asociaciones, etc.

Una vez que han quedado definidos y explicados los conceptos de nación, Estado- nación e identidad nacional, y después de haber mostrado cuál es su relevancia en tanto objeto de estudio de la Sociología, es pertinente abordar el tema de la identidad nacional mexicana.

Capítulo 2. La identidad nacional mexicana: sus referentes simbólicos y contenidos culturales

2.1. La idea de una nación mexicana

En comparación con los países europeos y asiáticos, los estados hispanoamericanos son países nuevos, en el amplio sentido del término, ya que no tienen otros precedentes históricos que las nuevas comunidades que creó la colonización europea en el llamado Nuevo Mundo. Si se quisiera concebirlos como herederos de los antiguos “estados” indígenas, se estaría retomando un tema del discurso independentista para justificar su separación de Europa y exaltar su nueva existencia por medio de una *antigüedad gloriosa* (Guerra, 1997:98). En este sentido, los estados hispanoamericanos son concebidos más bien como la expresión de nacionalidades que, por medio de los movimientos de independencia, conquistaron su independencia autónoma como naciones soberanas.

De acuerdo con Guerra, esta visión plantea dos problemas considerables. El primero es la ausencia de cualquier movimiento específicamente nacionalista antes de los movimientos de independencia; y el segundo se relaciona con el propio contenido de esta nacionalidad que, por otra parte, remite a una comunidad dotada de una especificidad lingüística y cultural, religiosa o étnica. Como es sabido, en México ha coexistido una gran diversidad de grupos de este tipo, pero la emergente nación mexicana en el periodo colonial no pretendió identificarse con ninguno de ellos. Solamente en el transcurso de tres siglos de vida en común todos estos grupos se fueron imbricando y mezclando profundamente al grado de compartir, en un grado muy elevado, la misma lengua, religión y lealtad política; todos ellos rasgos impuestos pertenecientes originalmente a los conquistadores españoles fundadores del nuevo estado¹⁷. Si bien estos elementos sirvieron de fundamento para la edificación de la nación mexicana y

¹⁷ “Una característica sustantiva de toda sociedad colonial es que el grupo invasor, que pertenece a una cultura distinta de la de los pueblos sobre los que ejerce su dominio, afirma ideológicamente su superioridad inmanente en todos los órdenes de la vida, y en consecuencia, niega y excluye a la cultura del colonizado” (Bonfil, 1987:11).

de las demás naciones hispánicas, esto no significa que dichos elementos, en conjunto, conformaran una sola nacionalidad. En este sentido, Guerra señala que:

El problema de América Latina no es el de las nacionalidades diferentes que se construyen en estados sino, más bien, el problema de construir, a partir de una misma “nacionalidad” hispánica, naciones separadas y diferentes (Guerra, 1997:99).

Al respecto, Villoro señala que en estos países la conciencia de la pertenencia a una nación específica precedió a su establecimiento como Estado. De hecho, en la Nueva España el vínculo que unía a las distintas razas y clases sociales era más el catolicismo que una conciencia de nacionalidad. En la segunda mitad del siglo XVIII, un grupo criollo instruido concibió la idea de nación sin pretender para ella, en un primer momento, su soberanía política, lo cual quiere decir, que “la exigencia de construir un Estado independiente provino de una conciencia nacional previa” (Villoro, 1999:17)¹⁸.

Dicha conciencia nacional tendrá como marco central de referencia el proyecto de civilización occidental (*proyecto imaginario*, dirá Bonfil) que “llegó para quedarse” con los invasores europeos. Esta perspectiva nunca fue descartada por las élites criollas y posteriormente mestizas, y desde entonces ha constituido el proyecto dominante en nuestro país. No obstante, dicho proyecto ha coexistido con las diversas perspectivas de los grupos indígenas que se resisten a perder sus formas de vida de arraigo mesoamericano (*el México profundo*, dirá Bonfil). Dichos proyectos marcarán, por lo menos, los últimos 500 años de la historia del país debido a su confrontación permanente.

Si esto es así, entonces la historia de México es la historia de los vencedores y los vencidos. En efecto, los distintos proyectos nacionales conforme a los cuales se ha pretendido organizar a la sociedad mexicana en su historia independiente han estado encuadrados exclusivamente en el marco de la civilización occidental, soslayando las perspectivas de los grupos indígenas (y su correspondiente realidad de fondo) al considerarlos como símbolo de atraso y obstáculo a vencer.

¹⁸ Bonfil define a la nación en ese estadio previo a su constitución como un nuevo Estado como *proto nación*.

Al revisar el proyecto nacional dominante, es importante distinguir entre uno de los sentidos políticos del término “nación” (un Estado soberano) y uno de sus sentidos culturales (una comunidad humana dotada de una identidad singular). En este sentido, la necesidad de consolidar países inciertos y darles la forma del Estado- nación que triunfaba en ese entonces en Europa, explica el hecho de que muchos autores de la historia oficial de cada una de las “naciones” latinoamericanas se hayan dedicado a convertir la independencia en el logro “natural” de la preexistencia de la nación. Por el contrario, Guerra dirá que, más bien, todo muestra que la independencia no es un punto de llegada, sino un punto de partida, y, por lo tanto, precede tanto a la nacionalidad como al nacionalismo.

Así, en el caso de México, sólo hasta que es alcanzada la independencia en 1821, se lleva a cabo el asentamiento del Estado mexicano a lo largo del territorio nacional, pero distintos historiadores concordarán en que dicho asentamiento no fue un proceso apacible, eficaz ni eficiente. En efecto, durante el primer siglo de vida independiente, los sucesivos gobiernos dieron mayor prioridad al hecho de asegurar y defender el territorio, más que preocuparse por el desarrollo de las nuevas y lejanas comunidades establecidas ahí.

Como el nuevo Estado enfrentaba serios problemas económicos, tales regiones fueron vistas primordialmente como fuentes que le asegurasen nuevos ingresos, y el resultado de ello se expresa en un desarrollo precario de las provincias y una grave centralización política, económica y cultural del país en pocos centros poblacionales. De ahí se explicaría en parte la gran desconfianza que surgió hacia el gobierno de la República, casi desde el inicio de la nación mexicana, de los habitantes de aquellos lugares¹⁹.

En este contexto, los primeros cien años de independencia muestran la lucha por el poder de dos pequeños grupos, liberales y conservadores²⁰, que buscaban imponer sus propios

¹⁹ De acuerdo con Tenero, la imagen nacional de México fue moldeada por el *collage* de élites económicas y militares victoriosas cuyo destino final era la Ciudad de México. Como París fue a Francia o Nueva Inglaterra a los Estados Unidos, la Ciudad de México se volvió la nación ignorando o apropiándose selectivamente de rasgos de otras identidades regionales y sociales. Esta situación se expresaría con mayor elanad durante el porfiriato (Tenero, 1998:327).

²⁰ Mas adelante se serialará en que consistieron los proyectos de modernización de liberales y conservadores

modelos de modernización, sin que la gran masa, compuesta en su mayoría por naciones indígenas no reconocidas, fuera beneficiada de manera sustancial. Era de esperarse que en cada región surgieran identidades propias.

La falta de reciprocidad del Estado con las regiones del país (debido a muy diversos motivos, algunos justificables y otros no), alejadas de los centros metropolitanos, y su práctico marginamiento, produjo el surgimiento de fuertes identidades y caracteres regionales, además de una evidente animadversión hacia todo lo proveniente del centro del país (Cappello, 1993:195).

Pese a lo anterior, quienes se dieron a la tarea de sintetizar aquella diversidad de identidades y caracteres regionales en una sola idea de nación, con su respectiva mexicanidad, son propiamente las élites política e intelectual de la época. En este sentido, dicha síntesis tuvo el propósito de erigir a “la nación mexicana” como la principal, si no única, fuente de legitimación del poder político. Asimismo, se puede decir que la idea de “la nación mexicana” (y sus respectivas implicaciones culturales) significó para la élite el elemento que le daría a una población heterogénea el carácter de una *comunidad de cultura única*.

Después de haber señalado el contexto histórico en el cual emerge la idea de una nación mexicana, es importante hablar, a continuación, sobre los referentes simbólicos que la sustentan.

2.2. La nación mexicana y los referentes de identidad nacional

2.2.1. La sociedad colonial

Una de las mayores implicaciones de la conquista de las tierras americanas fue el proceso de desmantelamiento de las instituciones políticas y religiosas que organizaban los reinos indígenas establecidos originalmente en dichas tierras. Fueron sustituidas por instituciones de origen europeo y, específicamente, cristiano.

Como señala Florescano (1995), la mayor parte de la población indígena fue obligada a congregarse en las llamadas *Repúblicas de indios*, que eran pueblos organizados bajo los principios políticos, sociales y religiosos del conquistador. Dicha segregación impidió que la población indígena pudiera desarrollar una conciencia histórica integrada al resto de la sociedad y alentó la formación de una identidad de carácter local. El aislamiento territorial permitió que la población indígena conservara su identidad étnica y lingüística, y también permitió la continuidad de sus tradiciones acerca del cosmos, la naturaleza y las relaciones humanas.

Las tierras comunales, el santo patrono del pueblo y las fiestas locales, fueron los polos alrededor de los cuales se tejieron las nuevas solidaridades que defendieron a los indígenas de las amenazas de fuera. A cambio de este fortalecimiento interno, cada pueblo se convirtió en una célula cerrada al exterior, volcada hacia la tradición y opuesta a las innovaciones (Florescano, 1995:12).

La sociedad colonial estaba organizada por principios de orden riguroso. Era distinguida por su composición estamental y su rigidez jerárquica. En lugar de percibirse como partes de un mismo conjunto social, cada estamento hacia valer lo que lo distanciaba de los otros, y libraba una lucha constante para mantener sus derechos y privilegios. De este modo, los continuos conflictos entre los diversos grupos reafirmaron sus diferencias.

La tensión entre conquistadores y conquistados trajo consigo una serie creciente de contradicciones étnicas, sociales, económicas, políticas y culturales. Una expresión de esas contradicciones fue la violencia colectiva a través de sus diversas formas. Una de las causas

más constantes de violencia colectiva fue el odio racial que los blancos, criollos y mestizos manifestaban contra los indígenas, negros y mulatos. En reciprocidad, los miembros de estos grupos no ocultaron su animadversión hacia los blancos. Muchos otros conflictos sociales de la época estuvieron relacionados con sentimientos raciales contra quienes no pertenecían al mismo grupo.

En la segunda mitad del siglo XVIII, se observa que la identidad étnica fundada en la separación entre españoles, castas e indígenas fue sustituida, en forma paulatina, por una identidad basada en las relaciones económicas y sociales.

De acuerdo con Florescano, el aspecto novedoso dentro de esta percepción de la sociedad es que los distintos grupos tendieron a buscar aliados en otros estamentos, a forjar acuerdos, alianzas tácticas e incluso a procurar un liderazgo común.

Lo que presenciamos aquí es una redefinición progresiva de los individuos en la sociedad, la aceptación de que por encima de las diferencias estamentales había una realidad más trascendente para la conducta personal y social (Florescano, 1995:13)

Estos cambios se vincularon con movimientos de identidad más amplios, como el guadalupanismo y el patriotismo, que exaltaban las virtudes de la tierra americana, y eran sentimientos compartidos por individuos de diferentes etnias y clases. Enseguida se señalará el contexto en el cual cobraron relevancia dichos movimientos.

2.2.2. El patriotismo criollo

Es importante mostrar algunas características del patriotismo criollo de la Nueva España que fueron retomadas y destacadas por los proyectos de nación subsecuentes y que han perdurado en la memoria colectiva de los mexicanos hasta hoy en día, como el Escudo Nacional y la Virgen de Guadalupe en tanto símbolos nacionales²¹.

²¹ El Escudo Nacional representa la escena del águila posada en un nopal devorando una serpiente. Dicha escena simboliza la fundación de México-Tenochtitlán por los aztecas e ilustra, después de la independencia, el vínculo del poder mexicano con el pasado precolombino. Para los aztecas o mexicas, el águila era un símbolo

Entre los pobladores de la Nueva España los primeros en afirmar una identidad propia fueron los criollos. En dicha noción de identidad pueden identificarse tres elementos distintivos: el establecimiento de lazos de identidad con la tierra que se habita, el rescate del antiguo pasado indígena para asentar en él la legitimidad de la patria que empieza a construirse, y la creación de simbolos que encarnan los valores patrios. De esta manera, a fines del siglo XVII, los criollos se dan a la tarea de apropiarse física y culturalmente del territorio, recorriéndolo y describiéndolo en un principio y posteriormente participando con las autoridades virreinales en el diseño de los primeros planos urbanos, caminos carreteros y cartas regionales.

De igual forma, la identidad con el territorio se complementó con el vínculo con el pasado. Si bien hasta el siglo XVIII se había tenido una concepción denigratoria del pasado mesoamericano que impedia su recuperación, a mediados de ese mismo siglo tal perspectiva empezó a cambiar al reconocerse las virtudes de dicho pasado y de los oriundos de América. Por ejemplo, entre las mayores contribuciones de Juan José de Eguiara, ilustrado criollo, fue la obra *Bibliotheca mexicana* (1755), obra monumental que mostró los méritos de la producción científica y literaria de los mexicanos desde los tiempos más antiguos hasta las primeras décadas del siglo XVIII. También, por su parte, Francisco Javier Clavijero, considerado el mayor humanista ilustrado novohispano, aportó la obra *Historia antigua de México* (1780), en la cual rompe con la visión del indígena como ser inferior al colocarlo al mismo nivel que cualquier otro ser humano. Además, ésta fue la primera obra de América en reconocer la aportación esencial de la población indígena en la construcción de la sociedad colonial. De esta manera, Clavijero fue el primero en proponer una reflexión en la cual el europeo ya no es el centro y que, por el contrario, “despliega los argumentos más sutiles para

solar, mientras que la serpiente representaba el agua. La combinación de ambos animales en lucha aludía a la oposición del fuego y el agua, del día y la noche, del cielo y la tierra, del calor y el frío, de la sequía y la lluvia. De acuerdo con López Austin, tales oposiciones son netamente indígenas, con una firme raigambre en las tradiciones prehispánicas. No hay por qué considerar, por lo tanto, que se incorporaron al ícono del águila y la serpiente por influencia del pensamiento occidental y cristiano (López Austin, 2004). El símbolo de la Virgen de Guadalupe es considerado como un mito de profundo arraigo autóctono y popular que, de manera paulatina, se transfiguró en centro de la ideología insurgente como resultado de la coyuntura política que vivía Nueva España (Baez-Jorge, 2004). Dicho tema será abordado a continuación.

combatir los prejuicios occidentales que denigran el territorio y la cultura americanos” (Florescano, 2002:279)²².

La *Historia antigua de México* logró convertirse en un manifiesto de la conciencia criolla y en la expresión más acabada de la ilustración europea en América.

La *Historia antigua de México*, al rescatar orgullosamente el pasado indígena se convirtió en símbolo del patriotismo criollo y en argumento histórico para demandar la independencia de la nación (Brading, 1980)

También se buscaron simbolos representativos de la nuevas identidades que se estaban forjando en América, y entre los más destacados se encuentra la recuperación, por parte de criollos y mestizos, del emblema prehispánico del águila parada sobre un nopal devorando una serpiente, emblema que poco a poco fue ocupando el lugar del escudo hispano impuesto por Carlos V a la Ciudad de México, y hacia la segunda mitad del siglo XVIII es reconocido como escudo oficial y es plasmado en los mapas y planos que representan a la ciudad o al reino y se instala en los monumentos que denotan lo propio del país. Dicho emblema fue vinculado con la imagen de la Virgen de Guadalupe al ser declarada Patrona de la Ciudad de México (1737) y más tarde Protectora de Nueva España (1746). En este sentido, la aclamación pública de la Guadalupana señalaba que la realidad colonial se definía todavía en términos esencialmente religiosos.

La imagen de la Virgen de Guadalupe, acompañada con las insignias de la antigua Tenochtitlán, se convirtió así en la representación más genuina del reino de Nueva España: era el símbolo de lo propiamente mexicano; unía el territorio antiguamente ocupado por los mexicas con el sitio milagrosamente señalado para la aparición de la madre de Dios. En una fórmula inédita, los conceptos de territorialidad, soberanía política, protección divina e identidad colectiva se fundieron en un símbolo religioso que a fines del siglo XVIII era el más venerado por los habitantes de Nueva España (Florescano, 2002:289).

22 Es importante aclarar que la reivindicación indígena que realizaron los criollos no se refería al indio vivo del siglo XVIII, ni a su situación socioeconómica y cultural, sino al indio muerto y heroico del pasado azteca. La preocupación por la *civilización* del indígena para integrarlo, se daría en el proyecto de educación pública del porfiriato (Laura Moya, 2003)

Así, la invocación por parte de los criollos de temas históricos y religiosos como parte del discurso patriótico servía para reducir la distancia que separaba a la élite de las masas, y los unía bajo un estandarte mexicano común contra España²³, sin despertar ningún conflicto étnico o social. En 1810 la imagen sagrada de la Guadalupana fue retomada por Hidalgo como bandera de lucha, lo cual representa la consecuencia final de este complejo proceso de intermediación simbólica.

Ahora bien, antes de continuar con la revisión de los referentes simbólicos de la identidad nacional del México independiente, es importante hablar sobre las llamadas *Reformas Borbónicas* en Nueva España, para comprender mejor el contexto político y social que fue perfilado, en gran medida, por las mismas en años posteriores.

2.2.3. Las Reformas Borbónicas

De acuerdo con Florescano y Menegus (2000), entre 1760 y 1821 la monarquía española puso en vigor una serie de reformas políticas y administrativas con las cuales se buscó remodelar, tanto la situación interna de la península, como su relación con las colonias. Estos propósitos respondían a una nueva concepción del Estado, que consideraba como principal tarea retomar los atributos del poder que antes se habían delegado en grupos y corporaciones, y asumir la dirección política, administrativa y económica del Reino.

Los principios de esta nueva política se identificaron con las ideas del llamado “Despotismo Ilustrado”: predominio de los intereses del monarca y del Estado sobre los intereses de individuos y corporaciones; impulso de la agricultura, industria y comercio; desarrollo del conocimiento técnico y científico, y difusión de las artes. La aplicación de este programa

²³ Brading señala que una de las premisas de los criollos consistía en afirmar que los europeos, específicamente los españoles, son extraños que llegaron buscando riquezas, y cuyo fin último era volver a la península. En este sentido, afirmaban que, lo que había conducido a la ineficacia, corrupción e injusticia en la administración colonial había sido precisamente la inclusión de europeos en los puestos gubernamentales de América. Entonces, la fuerza de los mitos como el de la Virgen de Guadalupe residía en que liberaban al criollo de sus orígenes españoles.

demandaba una nueva organización administrativa del Estado y nuevos funcionarios. Es decir, se buscó la consolidación de lo que se conoce hoy en día como *Estado moderno*.

Así, entre 1770 y 1810 tuvo lugar en la Nueva España una gran revolución que precipitó la separación entre la religión y la educación; entre la tecnología y la ciencia; y entre el Estado religioso y la sociedad profana como consecuencia de los nuevos proyectos políticos e institucionales inspirados por los principios ilustrados. Lo anterior también implicó un profundo cambio en los valores y las mentalidades, al transformarse las concepciones del Estado, la sociedad y los valores humanos y comunitarios.

Por ejemplo, como resultado de una revisión exhaustiva de los problemas económicos y sociales “que frenaban el desarrollo de la colonia” (Florescano y Menegus), realizada por los prelados españoles Abad y Queipo, se suprimió la situación de las castas y se les otorgó (al menos en el discurso) “un estatuto libre”; se modificó la legislación “paternalista” que protegía a los indios; se dividieron las tierras comunales y, en forma paulatina, se fue permitiendo la mezcla y el contacto directo de los indios con las otras etnias “para asegurar la incorporación de los indígenas al progreso” (Florescano y Menegus, 2000:427).

Como puede apreciarse, las Reformas Borbónicas tuvieron un contenido claramente revolucionario. La liberación de las castas (incluyendo a los indígenas, por lo menos en el discurso) modificó radicalmente las relaciones sociales y, en general, la integración nacional. El siguiente apartado ahonda en los referentes simbólicos y los contenidos culturales de la identidad mexicana.

2.2.4. Los ritos y símbolos nacionalistas del México independiente

La revolución de independencia, que inició en 1810, significó la primera participación de los indígenas en un movimiento político moderno y de dimensiones amplias. Las demandas sociales asumidas por los líderes de esta revolución provenían del sector indígena y popular: supresión del tributo que debían pagar; restitución de la tierra indígena usurpada; abolición

del sistema de castas e igualdad de derechos. Asimismo, el movimiento tuvo efectos profundos e irreversibles en la memoria histórica del país. Su manifestación multitudinaria en las diferentes regiones, su duración y la intervención decisiva que tuvieron en él los indígenas y campesinos, hicieron de este movimiento "la primera rebelión de carácter popular que sacudió a la Nueva España y al continente" (Florescano, 1995:14).

Una de las primeras consecuencias de la presencia de los indígenas en el movimiento fue la consideración de su pasado político como fundamento o raíz de la nueva nación. Al término del movimiento de independencia, México se proclamó una nación libre y soberana, pero se definió como una nación antigua, anterior a la conquista española que la había sojuzgado. Por ello el Acta de Independencia señalaba que la nación había "*recobrado el ejercicio del poder usurpado*" (Florescano, 1995:14). Así, para quienes consumaron la Independencia, la nación liberada era la antigua nación azteca conquistada por España. Una nación mítica, pues los aztecas nunca constituyeron una nación en el sentido moderno de esa palabra, y la organización política que tuvieron no comprendía al conjunto de los grupos étnicos presentes en el momento de la conquista.

En síntesis, se puede decir que el proyecto histórico que surge de la Independencia tuvo un referente simbólico profundamente indígena y popular.

No fue, como afirmaban los antiguos manuales de historia, un movimiento inspirado principalmente en el pensamiento ilustrado y moderno, sino una mezcla de mitos ancestrales, pulsiones patrióticas tradicionales y símbolos religiosos de identidad (la Virgen de Guadalupe), confundidos con el proyecto de crear una nación y un estado modernos (Florescano, 1995:14).

La consumación de la independencia tuvo lugar en 1821, después de una guerra de diez años. Más que una guerra contra el extranjero había sido una guerra entre bandos del mismo país. Ese conflicto interno impidió que se formara un Estado fuerte y que se definiera un proyecto nacional que unificara a los distintos bandos. Como consecuencia de la lucha de independencia, surgió un nuevo ordenamiento político: la República Federal, que condenó las formas anteriores de gobierno colonial y adoptó los principios republicanos.

Se pensó que la asunción de esos ideales [los principios republicanos] erradicaría la herencia de tres siglos de gobierno colonial, y que la sola emisión de la carta constitucional volvería efectivos los ideales de libertad y representación tomados de experiencias históricas ajenas. Muy pronto la realidad hizo naufragar esas aspiraciones (Florescano, 1995:14-15)

La primera celebración colectiva de la nación independiente tuvo lugar con la entrada triunfal a la Capital del país del Ejército Trigarante, encabezado por Iturbide, el 27 de septiembre de 1821. Dicho acto, junto con la instalación de los órganos de gobierno en el mismo año y la proclamación formal de la independencia representan propiamente la *Consumación de la Independencia* o separación política formal de España; y su celebración (la primera además en expandirse de la Capital al resto del territorio) fijó un modelo al que se ajustaron los posteriores festejos conmemorativos, pues marcó una remembranza histórica representada en un calendario cívico popular que se consolidaría en los años siguientes.

El antecedente de la fiesta colectiva en México era la conmemoración religiosa. El festejo de independencia recuperó las formas de tal celebración pero les otorgó un nuevo sentido y buscó definir otros actores, espacios, tiempos y símbolos. Así, los actores de la nueva ceremonia cívica fueron el héroe libertador, el Ejército Trigarante y la nación independiente representada de distintas formas; y en la Capital, las ciudades del interior y aun en los poblados se multiplican los proyectos para erigir estatuas, columnas, altares de la patria, pirámides, obeliscos y otros monumentos dedicados a honrar a la independencia y a sus héroes. Dichos actos, “muestran el entrelazamiento de tradiciones antiguas con concepciones políticas modernas” (Florescano, 2002:312).

Pero el mayor símbolo representativo de la nación independiente fue, y ha sido, la bandera nacional, primer emblema cívico, no religioso, que unió al antiguo símbolo de los mexicas con los principios y las banderas surgidas de la guerra de independencia²⁴. Dicho emblema se estableció formalmente cuando el Congreso adoptó la República federal en 1824 como

²⁴ Los colores y significados de la bandera nacional actual fueron retomados de los tres principios que proclamara Iturbide en el Plan de Iguala en 1821: la pureza de la religión católica, representada por el color blanco; la unión de americanos y españoles, en el color rojo; y la independencia en el verde (Florescano, 2002:314).

forma de gobierno tras la caída del Imperio de Iturbide. Y precisamente con la instauración de la República y con la Constitución Federal de 1824 se expresa la decisión de realizar un proyecto político propio, apoyado en la insurgencia armada y en el pensamiento político moderno y centrado en el Estado independiente y en la nación soberana. Es entonces cuando se comienza a hablar propiamente del Estado nacional.

A partir de entonces, independientemente de las contradicciones internas, la nación se contempló como una entidad territorial, social y política que tenía un origen, un desarrollo en el tiempo y un futuro comunes. El surgimiento de una entidad política que integraba en sí misma las diferentes partes de la nación fue el nuevo sujeto de la historia que unificó la diversidad social y cultural de la población en una búsqueda conjunta de identidad nacional (Florescano, 2002:316).

Sin embargo, en los hechos el nuevo Estado nación no fue del todo estable, pues al mismo tiempo de su entrada en vigor se presentaron sucesos negativos que tuvieron su mayor expresión entre 1821 y 1867, como la erosión de la unidad interna, la lucha de facciones, ingobernabilidad, invasiones extranjeras, pérdida de más de la mitad del territorio, entre otros. En el siguiente apartado se abordarán dichos sucesos, haciendo hincapié en el conflicto entre liberales y conservadores.

2.2.5. El conflicto entre liberales y conservadores

Ninguno de los gobiernos republicanos de la época tuvo la fuerza para someter a los jefes militares, organizar la hacienda pública y establecer un régimen de derecho que se impusiera sobre los intereses corporativos. Además, la pugna entre quienes deseaban asentar a la nación exclusivamente en su sustrato indígena (Servando Terces de Mier y Carlos María de Bustamante), los que proponían fundarla en su legado hispánico (el grupo conservador encabezado por Lucas Alamán), y quienes deseaban imponerle el modelo estadounidense (José María Luis Mora y el grupo liberal), condujo a la guerra civil y a una disputa aún más enconada entre liberales y conservadores, que a su vez abrió camino a la ingobernabilidad y a las intervenciones extranjeras²⁵.

²⁵ Con respecto a las diferencias entre los proyectos de liberales y conservadores, cabe señalar lo siguiente. Los liberales querían acabar con los fueros corporativos de la Iglesia y el ejército, desamortizar los bienes del clero y de las comunidades, instituir una república moderna con división de poderes y pacto federal. Sobre todo,

La invasión norteamericana de 1847 y la pérdida posterior de la mitad del territorio nacional provocaron “un sentimiento de afrenta que recorrió los rincones más sensibles del alma nacional” (Florescano, 1995:15). La derrota militar y la humillación moral que le siguió, ahondaron la disputa entre liberales y conservadores.

La invasión estadounidense no había sido propicia, en absoluto, a la causa liberal. Primero, por la imposibilidad militar de triunfar contra ella, envuelto como estaba el país en la discordia civil y la indiferencia nacional. Segundo, porque para el liberalismo mexicano, la guerra norteamericana fue como el aliado querido, elogiado hasta la veneración, postulado sin medida como ejemplo a seguir. En 1948, para los liberales, el modelo de nación propuesto se volvió de pronto el ejército invasor (Aguilar Camín, 1993:6)

Hasta la guerra de 1848, la admiración por Estados Unidos por su organización social, por su prosperidad económica y por su forma de gobierno, tuvo una consideración relevante para los liberales mexicanos. El liberalismo fue el suelo común, la convicción compartida, de las élites mexicanas. Sólo la adversidad y el fracaso, la pugna política y la búsqueda desesperada de una solución a la anarquía, habrían de separar finalmente (en particular después de la independencia de Texas y, definitivamente, después de la guerra de 1847-48), a los bandos irreconciliables de conservadores monárquicos y liberales republicanos.

De acuerdo con Aguilar Camín, quienes ofrecieron el argumento nacionalista del siglo XIX frente a la intervención de Estados Unidos, no fueron los liberales, sino los conservadores, como Lucas Alamán. Ya en 1830, Alamán subrayaba la diferencia en el desarrollo de los dos países y lo antinatural que resultaba la adopción para México del sistema federalista que tan

querían erradicar los restos políticos y sociales de la Colonia. “Querían, literalmente, descolonizar, desindigenizar, a las masas rurales y dar paso a una ciudadanía de pequeños propietarios industriales” (Aguilar Camín, 1993:4). El conflicto con la Iglesia es conocido. Como buenos herederos de la Ilustración, los liberales mexicanos vieron en la Iglesia el obstáculo mayor al progreso y al advenimiento de una sociedad moderna. La acumulación feudal de propiedades en manos eclesiásticas, sus privilegios y fueros legales, y su control de la educación, bloqueaban la reforma liberal en distintas áreas.

Los conservadores, recuerda O’Gorman, asumieron la identidad definitiva de sus proyectos ante la intervención extranjera de 1847. A partir de entonces, con toda claridad, el bando conservador sería centralista, monárquico, católico, conservador de cepa hispánica; el liberal sería republicano, laico, liberal de inspiración anglosajona (Aguilar Camín, 1993:6).

Más aún, los conservadores estaban en contra del régimen federal, del sistema representativo por el orden de elecciones y, en general, contra todo lo que implica el término “elección popular”. Creían necesaria una nueva división territorial que confundiera la actual forma de Estados y facilitara la “buena administración” (González, 2002).

naturalmente se había seguido de la constitución original de la sociedad norteamericana. Ante el fracaso de la colonización mexicana en Texas, Alamán anticipó, al igual que Mora, la anexión del inmenso territorio a los Estados Unidos.

En la búsqueda de culpables que respondieran por el daño inflingido a la nación, tanto liberales como conservadores retomaron la imagen negativa del indio que habían construido los hispanistas.

En estos años recorridos por el pesimismo, liberales y conservadores reconocieron que “*toda la actividad, casi diríamos toda la inteligencia, reside en la raza española*”. La raza indígena, cuando no fue denostada con los peores calificativos, apenas se consideró “*una especie de masa auxiliar cuya importancia es inapreciable si se sabe con acierto dirigírsela*”. (Florescano, 1995:15)

A la guerra perdida de 1847- 48 con Estados Unidos, siguieron el último intento de gobierno conservador, con Santa Anna al frente, que desembocó en la pretensión de un gobierno imperial por parte de “su Alteza Serenísima” (1850-1854); la revolución de Ayutla de 1854, que encumbró a los liberales; la Ley Lerdo de 1856 y la Constitución liberal de 1857, que desataron la guerra civil (1858-1861); y el intento monárquico final, con la intervención francesa (1862) y el apoyo conservador mexicano, que instaló en el Castillo de Chapultepec a Maximiliano de Habsburgo (1864).

Entre 1821 y 1899 se registraron más de cien levantamientos indígenas y campesinos, animados por diversos grados de xenofobia contra los propietarios y gobernantes criollos, mestizos y blancos. Entre ellos sobresalen las llamadas “Guerras de Castas”, que fueron insurrecciones que abiertamente propusieron derrocar el gobierno de los blancos e imponer en su lugar uno indígena. Estas insurrecciones nunca alcanzaron los objetivos que las desencadenaron.

Afortunadamente, la élite tomó decisiones relevantes para sacar al país de tal periodo de inestabilidad. De ello se hablará a continuación.

2.2.6. La República Restaurada y la Generación de la Reforma

La llamada República Restaurada fue una década de prensa libre, congreso independiente y poder restringido del ejecutivo, “una república intensa, polémica, rica y matizadamente democrática, hecha a la medida de la nación sensible: propietarios, abogados, periodistas, camarillas políticas y militares” (Aguilar Camín, 1993:8). Es decir, una república a la medida de la minoría social que había concebido y hecho suyo el proyecto²⁶.

De acuerdo con Aguilar Camín, desde el punto de vista de la conciencia histórica, y desde el punto de vista de la construcción nacional, la República Restaurada juarista fue un paraguas. Desde ese momento, vista a grandes rasgos, la historia política de México presenta dos rutas paralelas: la de un gobierno nacional que lo cohesiona y articula políticamente, y la del desarrollo económico capitalista, liberado por la ofensiva contra los bienes de la Iglesia y las comunidades campesinas e indígenas. Ambos caminos crean una infraestructura crecientemente nacional de comunicaciones y mercados, venciendo así aislamientos geográficos y culturales.

Las tareas de integración en todos los órdenes -de la realidad política e ideológica a la transformación física del territorio- fueron realizadas en México por el Estado en primer término, y solo en un segundo lugar por las fuerzas del mercado (Aguilar Camín, 1993:8)

Sin embargo, la República Restaurada no fue el horizonte de paz y democracia imaginado por los liberales triunfantes. Al tiempo en que tuvo lugar el conflicto entre los grupos indígenas que deseaban mantener sus identidades y la élite en el poder empeñada en eliminar esas tradiciones, surgió un movimiento preocupado por reconocer los rasgos indígenas y mestizos de la nación, que además deseaba asentar con dichos rasgos un nuevo proyecto de identidad colectiva. El movimiento, de carácter liberal, fue conocido como “La Generación

²⁶ El nombre *República Restaurada* se justifica porque el *imperio* de Maximiliano pretendía acabar con la *república* de Juárez, y cuando éste, después de cinco años, obtiene la victoria, los vencedores insistieron en que la república victoriosa era la de siempre, sólo que *restaurada*, es decir, “puesta en aquel estado o estimación que antes tenía”. El nombre de *porfiriato* se explica por si solo: con él se quiere decir que la figura de Porfirio Díaz dominó tanto esa época que acabó dándole su nombre (Cosío Villegas, 2002:121).

de la Reforma”, y a él se le atribuye la consideración del homenaje a la bandera, el himno nacional y el honor a los defensores de la patria, en tanto ritos de un culto cívico.

A través de la promulgación de leyes que encauzaran el programa republicano y la formación de un “espíritu nacional”, la Generación de la Reforma se encargó de difundir valores occidentales: la república moderna, con división de poderes y pacto federal; la separación entre la Iglesia y el Estado; la educación laica; la libre transmisión de la propiedad y el pleno desarrollo de la empresa privada. Valores muy distintos a los bastiones del movimiento conservador: los fueros corporativos de la Iglesia y el ejército, el latifundismo, la ingerencia de la Iglesia en la educación, la superstición y el fanatismo populares.

Dicho esfuerzo por otorgarle a la nación su propia expresión histórica y cultural encontró un apoyo extraordinario en el gobierno de Porfirio Díaz. De hecho, durante el porfiriato se consolidó el Estado nacional, y tal acontecimiento implicó el enfrentamiento entre los intereses políticos, comerciales, agrarios y financieros asentados en la capital del país y los intereses de los grupos regionales. El siguiente apartado ahonda en el tema del porfiriato y sus implicaciones en lo que respecta a la identidad nacional.

2.2.7. El porfiriato

El pensamiento cultivado o intelectualidad del porfiriato se caracterizó por una pugna entre dos corrientes filosóficas: científicismo y espiritualismo. La primera retomó los fundamentos del positivismo de Comte, el evolucionismo de Spencer, el biologicismo de Haeckel, entre otras corrientes filosóficas que se caracterizan por exaltar el valor de la ciencia frente a otros tipos de conocimiento que podrían considerarse como inferiores, o incluso como conocimientos. El espiritualismo, en cambio, retoma corrientes como el platonismo, el kantismo y el renacimiento cristiano, filosofías que sostienen la existencia de un tipo de

conocimiento superior al científico y que algunos autores llaman *conocimiento de espíritu* (Villegas, 1993)²⁷.

El científicismo se impone, y termina por hacer a un lado al espiritualismo, al ser adoptado como corriente “oficial” por la élite política encabezada por el presidente Díaz. El científicismo fue utilizado para justificar el abandono del republicanismo, las prácticas democráticas, la libertad de expresión, la autonomía de los estados, etc., argumentando la necesidad de una dictadura o poder centralista encaminado a terminar con el extremo desorden que se había provocado en el país en años anteriores.

Así, con base en el científicismo, la élite toma como punto de partida del proceso histórico de México la vida independiente con la libertad anárquica, para llegar a la dictadura como único camino para establecer una integración nacional y garantizar *el orden y el progreso* del país basado en el conocimiento científico universal y por encima de las tradiciones y costumbres regionales y religiosas. En este sentido, se considera que “el pueblo no está suficientemente maduro ni desarrollado y que sólo un dictador patriarcal, honrado y pedagógico puede conducirlo por la fuerza a la democracia” (Villegas, 1993:16).

El porfiriato se soñó como habría de hacerlo después el México post revolucionario, heredero puntual y culminación de toda la historia anterior de México... salvo la Colonia. Se presentó primero como último recurso bélico para la pacificación definitiva del país; después, como garantía del orden y la tranquilidad industrial; finalmente, como la punta de lanza del progreso interrumpido de los mexicanos (Aguilar Camín, 1993:9).

Así, el Estado porfiriano adquirió fuerza gracias a su papel como administrador de la riqueza y del poder y como guardián de la paz. Y precisamente por su éxito en dichos rubros, el Estado porfiriano ganó en exclusividad el manejo de la imagen nacional moderna de México. Pero, de acuerdo con Tenorio, ese era el límite de su poder:

En otros países la nación era algo creado para ser principalmente enseñado, aprendido por las mayorías. En cambio, en México la nación creada en el siglo XIX fue hecha fundamentalmente

²⁷ Para no desviar el tema central del presente documento, considero pertinente no ahondar en las características filosóficas e históricas del científicismo y únicamente señalar su relación con el tema de la identidad nacional.

para ser exhibida y sólo entonces se convirtió en algo que podía ser enseñado (y sólo parcialmente) (Tenorio, 1998:326)

El gobierno de Díaz logró construir un Estado fuerte y moderno que generó crecimiento económico y estabilidad social por largo tiempo, y con recursos suficientes. Dicha élite impulsó un programa encaminado a desaparecer las diferencias de los distintos grupos sociales a través de la forja de una identidad cultural única. Tal propósito se vería reflejado en la obra *Méjico a través de los siglos* escrita entre 1884 y 1889, la cual se define como “Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de Méjico desde la antigüedad más remota a la época actual” (Florescano, 2002:352). A dicha obra se le atribuyen tres grandes aciertos: 1) el haber integrado en un solo discurso pasados considerados enemigos: la antigüedad prehispánica con el virreinato, y ambos con la guerra de independencia, los primeros años de la república y el movimiento de Reforma; 2) el haber considerado cada uno de esos períodos como parte de un proceso evolutivo en el cual se fuera forjando la integración nacional, y que además cumplía las leyes del progreso; y 3) el haber presentado el conocimiento sobre cada tema en un lenguaje accesible y acompañado de ilustraciones.

Por lo que respecta al tema de la identidad nacional, en la obra se concibió al mestizo como el gran unificador de las contradicciones étnicas, ideológicas y de clase, y en este sentido, fue visto como el protagonista del progreso del país. Porfirio Díaz, por supuesto, fue considerado el representante y el símbolo más genuino de dicho grupo étnico.

Posteriormente, la Secretaría de Hacienda promueve y financia la obra titulada *Méjico: su evolución social*, cuyo primer volumen del tomo uno aparece en 1900. En esta obra sus doce autores (encabezados por Justo Sierra) caracterizaron a Méjico como un *organismo social en desarrollo* y encontraron ciertas regularidades en dicho proceso de desarrollo que les permitieron apuntalar entre otras nociones, la del carácter nacional y en particular la de la

nación²⁸. Así, para definir su idea de nación, los autores de la obra rompen con la concepción étnica identificada con el ideal americano de los criollos del siglo XVIII al basarse en aspectos de carácter sociopolítico modernos, como los siguientes:

La definición de un grupo humano identificado por un gentilicio [el llamado *pueblo mexicano*], con un código legal unificado que contemplara la igualdad de derechos y deberes [la Constitución], así como derechos de ciudadanía, una economía unificada, con una sola división del trabajo, un territorio compacto y con muy recientes fronteras definidas, así como una cultura política dominante única y con un sistema público de educación de masas que permitiera socializar a las generaciones futuras para que fueran ciudadanos de la nueva nación (Moya, 2003:108).

En esta obra se concibió al *pueblo mexicano* como una entidad o esencia en evolución, moldeado por distintas circunstancias históricas, así como por la fusión de diferentes elementos raciales y culturales. En este sentido, los autores prestaron especial atención al proceso conflictivo de integración de las distintas razas en la denominada *alma nacional* o *carácter nacional*. Por lo que respecta a la idea de nación, los autores coincidieron en señalar una integración nacional dada a partir de aspectos genealógicos sintetizados en los mitos sobre el origen común, la elaboración de recuerdos históricos compartidos y la asociación de los mexicanos con una idea de patria específica: la mestiza. De esta manera pudieron delimitar el origen de la nación, a través de las consecutivas etapas de la vida nacional, para concluir señalando que se trataba de una nación mestiza.

Además de aportaciones de las obras monumentales que fueron escritas durante el porfiriato, es importante mencionar que, entre 1880 y 1930 aproximadamente, México estuvo presente en las exposiciones universales que tuvieron lugar en grandes ciudades como París, Londres, Filadelfia, entre otras. De acuerdo con Tenorio, aparte de los intereses culturales, la élite mexicana tenía objetivos pragmáticos al participar en dichos eventos: mostrar el progreso del

²⁸ Sobre la metodología de la obra, L. Moya señala lo siguiente: “[los autores] siguieron una secuencia cronológica de los hechos, pero en cada tema, los detonadores del cambio se asociaron con cortes históricos diferentes y con periodizaciones que no necesariamente coinciden entre sí [...] Es justamente el interés compartido por los autores en torno a la nación y al carácter nacional el factor que permitió romper con el criterio de objetividad y neutralidad valorativa, propuesto en particular por el positivismo y en el caso de los evolucionistas liberales por la llamada historiografía erudita” (Moya, 2003:103-104).

país y cambiar la impresión generalizada de un país violento, incivilizado, inseguro y salvaje. A cambio, había que presentar la imagen de México como “la tierra prometida”.

Estos intentos, se creía, lograrían atraer inversión extranjera e inmigrantes del norte de Europa.

Para producir esta imagen, la élite porfiriana se esforzó en presentar de forma impaciente los recursos tanto económicos como humanos de la nación para ponerlos a la vista de todo el mundo.

De hecho, deliberadamente produjo una estampa ideal del México moderno y progresista (Tenorio, 1998:11-12).

Una vez señaladas las aportaciones de las grandes obras del porfiriato en lo que respecta a la definición del contenido mestizo de la identidad nacional mexicana, y después de haber comentado la participación de México en las exposiciones universales, es preciso abordar el tema de la revolución mexicana y el nacionalismo revolucionario.

2.2.8. La revolución mexicana y el nacionalismo revolucionario

La revolución de 1910, al igual que la de 1810, estalló primero en las ciudades, pero inmediatamente congregó a los sectores rurales e indígenas, en quienes encontró un apoyo sólido. La primera imagen que dieron los propios actores del proceso revolucionario fue la de una revolución popular, campesina, agrarista y nacionalista. Sin embargo, en lugar de tratarse de un movimiento social íntegro, la revolución mexicana representó, en realidad, la expresión de distintas manifestaciones disruptivas que coincidieron en una coyuntura política y social. En este sentido, la insurrección maderista fue una revolución política, cuyo objetivo era instaurar la democracia. La revolución zapatista fue un movimiento *de tipo antiguo* (Florescano, 1995:18), protagonizado por pueblos y comunidades campesinas, que se unió al movimiento encabezado por Francisco Villa, compuesto por una mezcla de grupos populares y medios. Finalmente, el movimiento constitucionalista, dirigido por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, impulsó un proyecto político que incluyó las principales demandas de los otros grupos y creó el instrumento para hacerlas realidad: el Estado revolucionario.

Quizá el significado profundo de la revolución sea haber descubierto y aceptado la presencia de esas dos partes divergentes de la nación [una base social antigua y otra moderna], y creado una propuesta política que en lugar de alimentar su antagonismo, discurrió el realismo de su aceptación, y la utopía de integrarlas en un proyecto nacional (Florescano, 1995:18).

Así, el Estado que se construyó a raíz de la Revolución fue un Estado fuerte, con un ejecutivo que gozaba de facultades extraordinarias y permanentes, en relación directa con las diferentes clases, impulsor del desarrollo económico y social, protector de los sectores más débiles y defensor de la soberanía nacional. Este modelo de Estado disiparía del imaginario colectivo el recuerdo de aquel ciclo de guerras civiles, caudillos, invasiones extranjeras, pérdidas del territorio y dictaduras que ensombrecieron el siglo XIX.

La Revolución Mexicana consolidó un sistema de gobierno central ramificado y sentó las bases para la reincorporación del país en los vaivenes del mercado mundial, a partir de la crisis de 1929, durante la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, en la posguerra. El Estado, entonces, se concibió como un instrumento dedicado a fortalecer, integrar y modernizar a la nación. En este sentido, la revolución impulsó la construcción del Estado y la integración de la nación, dos logros extraordinarios en la historia del país.

Asimismo, a partir de la Revolución de 1910 se redefinen los referentes simbólicos y contenidos culturales relacionados con la nacionalidad y la identidad mexicana. Se revalora al mestizo y se le coloca como el personaje central, al punto de considerar “lo mestizo” como la esencia de “lo nacional”. Dicha valoración surge como resultado de la ruptura de lazos con el liberalismo universalista de Juárez y el darwinismo social (racista, según Lomnitz), doctrinas que inhibían la adopción del mestizo como “raza nacional”.

Manuel Gamio aportó una posición diferente al llamado “racismo seudo científico” (Lomnitz) característico del porfiriato, al afirmar en sus escritos la igualdad entre las razas y la validez de todas las culturas. Basado en ello, Gamio desarrolló un indigenismo que tuvo como uno de sus resultados principales la dignificación de los rasgos y de la sangre india de los mexicanos, permitiendo así que surgiera “el mestizo” como verdadero protagonista de la historia nacional y que la cultura nacional quedara definida como una cultura mestiza²⁹. De

²⁹ De acuerdo con Lomnitz, la concepción de “el mestizo” como producto de un padre español y una madre indígena, que manejaban los ideólogos del nacionalismo revolucionario, sublima la relación entre raza y género, pues ya para el siglo XX no todos los mestizos eran hijos de padre español y madre indígena. La importancia de esta fórmula es doble: por una parte, coloca a la conquista española como el punto de origen de la raza y de la cultura nacional, y permite así que se desarrolle o se fortalezca toda una mitología nacional a partir de este

este modo, el nacionalismo mestizo resolvió los problemas de identificación con “el pueblo” que tenían los criollos del siglo anterior.

La Revolución parió el arsenal de tipos humanos del muralismo y de la novela de la Revolución, del cine recién nacido y de la exportación de México como un producto único, infinitamente fotografiable y digno de un lugar propio en la imaginación del mundo. Esa fue la experiencia específicamente revolucionaria que daría forma al nuevo nacionalismo popular, cuyos motivos siguen ocupando un sitio de honor en el imaginario de la identidad mexicana (Aguilar Camín, 1993:10).

A fines de los años veinte, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario, antecesor del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y del Partido Revolucionario Institucional (PRI), “la mexicanidad” y “la nación” fueron introducidas como última referencia simbólica y como únicas legitimidades de toda acción³⁰. México y “la unidad revolucionaria de los mexicanos” (Aguilar Camín) se volvieron verdaderos instrumentos de coerción ideológica frente a los réprobos, los adversarios de la idea oficial que, por definición, representaba “los mejores afanes de la Revolución, del pueblo y de la nacionalidad”. Los gobernantes podían utilizar a su gusto todos los lemas de la obligatoria entidad llamada México; quienes se apartaban de sus dictados incurrian de inmediato en el estigma de predicar “doctrinas exóticas”, según la perdurable expresión del presidente Calles (1924-1928), artífice de la institucionalización post revolucionaria (1929-1934) (Aguilar Camín, 1993:10).

En su redefinición de los simbolos de identidad del país, el nacionalismo revolucionario incluyó y amplió los contenidos del pasado en una mezcla única. Fue indigenista y antiespañol, como el patriotismo criollo, pero fue también protección y tutelar, como las Leyes de Indias con las comunidades y los pueblos; fue jacobino, laico y republicano, como la reforma liberal, pero no fue democrático, sino centralizador, presidencialista y autoritario, como habían deseado las

hecho. Por otra parte, la identificación de lo europeo con “lo macho” y la feminización de lo indígena permitió la formulación de un nacionalismo que fue la vez modernizante y protección. Era modernizante porque el mestizo, al igual que su padre europeo, era propenso a la acción, hacia lo épico y hacia la historia. Era protección porque el mestizo buscaba proteger su herencia materna de la explotación de los europeos, quienes no sentían lealtad alguna hacia la tierra y hacia lo indígena (Lomíz, 1999:58).

³⁰ La fundación del Partido Nacional Revolucionario en 1929 obedeció, en primer lugar, a la necesidad de evitar una nueva lucha entre las facciones revolucionarias que gobernaban las diferentes regiones del país; el objetivo original del PNR era evitar la fragmentación política y la inestabilidad, que podían derivarse en pugnas al interior de las élites. En cambio, la reforma del partido de 1938, que culminó con la creación del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), se proponía consolidar la alianza del Estado con los grupos populares, vinculando sus organizaciones a un partido dependiente del propio Estado (Loaeza, 1996:118).

tendencias monárquicas novohispanas y la causa conservadora decimonónica, emblematizada por Lucas Alamán (Aguilar Camín, 1993:10).

A partir de los cimientos del nacionalismo revolucionario se van creando los nuevos símbolos de nacionalidad del siglo XX: la adopción de Zapata y su lema “Tierra y libertad” como ícono fundamental de la revolución; la satanización de Iturbide, de Santa Anna y de Porfirio Díaz; el reparto de tierras y la reforma agraria, la expropiación petrolera y la formación de una serie de grandes industrias nacionalizadas como PEMEX, CFE, TELMEX, entre otras, que fueron símbolos del nuevo nacionalismo; la fundación de grandes establecimientos educativos nacionales, tales como el sistema de educación primaria y secundaria de la SEP, la UNAM, las universidades autónomas de los estados, etc. Estos establecimientos nacionales formaron organizaciones internas que se integraban al sistema político nacional (los sindicatos, por ejemplo). Tales instituciones, a su vez, se consideraron como símbolos de nacionalidad, y además, eran apoyos muy reales del Estado que abanderaba ese nacionalismo.

Por otra parte, el control del Estado sobre el interés público también le dio a los gobiernos revolucionarios un papel activo en el patrocinio de las artes y de las ciencias, y buena parte de la creación intelectual de México hasta fines de la década de los ochenta, y aún hasta el día de hoy, ha sido patrocinada parcial o totalmente, “y, por lo tanto, ha dialogado con la fórmula nacionalista dominante” (Lomnitz, 1999:60).

Hasta este momento, como se ha podido observar, el contenido cultural de la identidad mexicana no emanó propiamente del pueblo, sino que fue configurado e impuesto por un grupo étnico dominante e instruido, aunque se presentó, o se ha presentado, a través de la historia oficial como una identidad o *nacionalismo popular* para legitimar al Estado.

[...] Podríamos decir que los nacionalismos oficiales encuentran su base última en la historia, una historia codificada por las instituciones estatales como historia nacional y en la que el pasado de la nación se confunde con el del Estado [...] (Pérez, 1999:22-23)

En este sentido, solamente con la Revolución Mexicana de 1910 se expresa el primer movimiento social masivo que tiene la posibilidad de crear las bases de una nueva nación, con sus respectivos símbolos culturales, sobre los cuales se forje una identidad nacional de arraigo popular. Sin embargo, sobre esa idea se impone el nacionalismo en calidad de discurso político dominante de los gobiernos posrevolucionarios de las décadas de los años veinte y treinta, los cuales, después de una década de violencia e inestabilidad buscan pacificar al país y redefinir las vías desarrollo. En esa redefinición, la integración nacional se coloca como una meta fundamental.

No obstante, de manera contradictoria, en los hechos se conjunta el nacionalismo como discurso político y las manifestaciones culturales populares, dando como resultado un conjunto de estereotipos que se convirtieron, gracias a la potencia de los medios de comunicación en desarrollo durante esos años (prensa, radio y, sobre todo, cine), en verdaderos símbolos de la identidad nacional mexicana.

Entonces, la mexicanidad tuvo en ese momento un doble sentido. Por un lado, representa el tema central de las discusiones sostenidas durante las décadas de los años veinte y treinta, por los miembros de la élite cultural posrevolucionaria en su esfuerzo por ubicar lo típico mexicano; y por otro lado, la mexicanidad fue el resultado final de esa compleja relación entre culturas populares, procesos políticos y desarrollo de los medios masivos de comunicación que da lugar a los estereotipos nacionalistas.

Lo interesante del asunto es que ese “pueblo mexicano” sobre el cual se quiere fundamentar la identidad nacional en realidad es la conjunción de una gran diversidad de regiones, etnias, costumbres y modos de vida. De ahí se explica en parte la necesidad de producir mitos y símbolos que caractericen una sola comunidad imaginada, la llamada *mexicanidad*.

En este sentido, el gobierno (los sucesivos gobiernos) se da a la tarea de construir la idea de una nación que deseaba homogeneizar a través del referente cultural mestizo. “noble

amalgama de lo mejor que las culturas madre pudieran ofrecer" (Bonfil, 1993:19-20). Así el Estado, impulsor del proyecto, se impuso de diferentes maneras a lo largo y ancho del país³¹.

Una vez que se ha señalado el proceso a través del cual las nociones de *nación*, *Estado nación*, e *identidad nacional* o *mexicanidad* se fueron consolidando en tanto referentes simbólicos que le han dado al conjunto de habitantes de la República mexicana (al llamado "pueblo de México") una singularidad y un reconocimiento propios, es preciso continuar con la exposición de otras vertientes de reflexión sobre el contenido cultural de la identidad nacional, durante y después de la Revolución Mexicana.

2.3. Del nacionalismo revolucionario en adelante: los cambios en la sociedad mexicana

A lo largo del siglo XX, varios autores trataron de dilucidar el origen y la formación del "carácter mexicano" a partir de sus antecedentes históricos. Algunos realizaron encuestas basándose además en estudios hechos por científicos sociales. Otros, en fin, basaron sus generalizaciones en contactos y experiencias personales. Lo anterior hizo que los enfoques fueran muy diversos y no pudieran "encajar" en una perspectiva, o bien, en una corriente delimitada con mayor o menor rigor.

En la obra titulada *La jaula de la melancolía*, escrita en 1987 y reeditada en 2005, Roger Bartra analiza los estudios sobre la configuración del carácter nacional mexicano, específicamente, las reflexiones sobre "lo mexicano" expuestas por autores como Samuel Ramos, Antonio Caso, José Vasconcelos, Octavio Paz, entre otros que son representativos del llamado periodo posrevolucionario en México. Bartra considera dichas reflexiones como *construcciones imaginarias* que han contribuido (o contribuyeron) a legitimar al Estado, al fungir como una expresión de la cultura política dominante que se desarrolló en México después de la Revolución de 1910³².

³¹ Cappello (1993) propone buscar en esas diferencias la causa de las distintas intensidades con que los mexicanos se identifican con las instituciones nacionales, sean o no gubernamentales.

³² Para el autor, tales mecanismos legitimadores no son, en la mayor parte de los casos, específicamente mexicanos. Más bien, forman parte de la historia de la cultura occidental, aunque se adaptan a la realidad mexicana (Bartra, 2005:20).

Los estudios sobre “lo mexicano” constituyen una expresión de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica se encuentra ceñida por el conjunto de redes imaginarias de poder, que definen las formas de subjetividad socialmente aceptadas, y que suelen ser consideradas como la expresión más elaborada de la cultura nacional (Bartra, 2005:15)

En este sentido, los atributos del carácter mexicano (el complejo de inferioridad, el machismo, la falta de iniciativa, el resentimiento, la desconfianza, el sentido de orfandad, la evasión del compromiso, etc.) que otros autores han estudiado, son considerados por Bartra como *estereotipos psicológicos y sociales* que se reproducen en la sociedad, principalmente a través del arte y los medios masivos de comunicación, provocando la imagen (“especismo”, dirá Bartra) de una cultura popular de masas. Estas imágenes sobre “lo mexicano” no son para el autor un reflejo de la “conciencia popular”, ya que duda que dicha “conciencia” exista como entidad única y homogénea.

Las expresiones ideológicas del alma nacional son altamente individualizadas, aunque pueden reducirse a corrientes filosóficas y a grupos generacionales; pero sus expresiones mitológicas se van acumulando en la sociedad durante un largo periodo y terminan por constituir una especie de metadiscursio: una intrincada red de puntos de referencia a los que acuden muchos mexicanos (y algunos extranjeros) para explicar la identidad nacional (Bartra, 2005:15-16).

De esta manera, el carácter nacional mexicano sólo tiene una existencia literaria y mitológica, lo cual no le quita fuerza o importancia. Por el contrario, siguiendo a Bartra, nos ayuda a reflexionar sobre la manera en que se puede abordar el fenómeno, y sobre la forma peculiar en que se inserta en la estructura cultural y social de México. Pero, como se señaló en la introducción, este trabajo, más bien, trata de hacer énfasis en los grandes procesos sociales, culturales, políticos y económicos que permiten comprender el tema de la identidad nacional.

Por otra parte, con respecto a las transformaciones sociales ocurridas durante el siglo que acaba de concluir, Soledad Loaeza, en su ensayo titulado *La sociedad mexicana en el siglo xx* (1996), propone una reflexión acerca de la trayectoria de la sociedad mexicana, que tuvo lugar a partir de los cambios producidos por la Revolución de 1910, hasta el año de 1988³³.

³³ Para complementar las consideraciones de la autora, retomaré algunas planteamientos de José Woldenberg (1993), con respecto a la situación política que tuvo lugar después de la Revolución. Específicamente, en lo que

Para identificar algunos elementos centrales de la evolución de la sociedad mexicana durante el lapso señalado, la autora propone una periodización (1910-1940; 1940-1970; y 1970-1988), basada en el ritmo del cambio social y en las formas particulares y variables como se fue organizando la sociedad ante las exigencias de la modernización, haciendo hincapié en el papel de las clases medias en este proceso.

De acuerdo con Loaeza, el periodo que abarca de 1910 a 1940 estuvo caracterizado por una intensa *movilización social* desencadenada por el movimiento revolucionario³⁴. Dicha movilización provocó el derrumbamiento de las jerarquías de valores y de autoridad impuestas durante el porfiriato, y de las líneas establecidas de estratificación. De esta manera, después de noviembre de 1910 el país entró en un estado de “semianarquía” en el que se produjeron toda clase conflictos y desajustes.

Desapareció la ficticia homogeneidad que había creado la dictadura y florecieron las fuerzas políticas locales, pero también las rebeliones contra el poder central, las protestas agrarias, el bandalismo; resurgieron las tradiciones rurales, así como las profundas diferencias entre las regiones, y entre ellas y la ciudad de México (Loaeza, 1996:111).

Dichas situaciones incidieron sobre dos ideas o proyectos que han sido fundamentales a lo largo de la historia del México independiente: el liberalismo y el nacionalismo. El primero se basó principalmente en la necesidad de construir (nuevamente) un Estado fuerte, con capacidad para imponerse sobre los intereses particulares y también para proteger la condición de obreros y campesinos (sus principales bases sociales de apoyo). El nacionalismo, como se ha señalado, fue considerado como la vía más adecuada para lograr la homogeneización de una sociedad atravesada por diferencias étnicas, culturales, de género,

respecto a la relación entre el Estado y los partidos políticos. En este sentido, la periodización que propone el autor varía con respecto a la de Loaeza:

a) Un primer momento que corre desde el inicio del conflicto armado y se cierra en 1929 con la creación del PNR, cuando se multiplican los partidos políticos; b) de 1929 a 1968, un periodo “centralizador”, en donde el espacio político es prácticamente cooptado por el partido oficial; c) de 1968 a 1977, cuando tiene lugar un momento de crisis política y social aguda sin correspondencia con el mundo de los partidos y las elecciones; y d) de 1977 en adelante. Un proceso lento de reforma política, que marca la transición de un sistema de “partido casi único” a otro pluralista (Woldenberg, 1993:81).

³⁴ La autora utiliza el concepto de movilización social de Karl Deutsch. El proceso a través del cual se erosionan y destruyen los agregados de antiguos vínculos sociales, económicos y psicológicos, de manera que la población queda en disposición de absorber nuevos patrones de socialización y comportamiento (Loaeza, 1996:109).

económicas y regionales. Aunque, en este contexto, el nacionalismo ya no fue visto únicamente como un instrumento de integración cultural, sino como un mecanismo de integración política que podía ser la base de consensos generales y particulares relativos a la organización del poder.

La conjugación de ambos factores [liberalismo y nacionalismo] explica que la así llamada ideología revolucionaria [...] se haya instalado como una referencia común e inescapable para la sociedad mexicana durante todo el siglo [XX] (Loaeza, 1996:114).

Hasta ese momento seguía teniendo lugar, al igual que en el porfiriato, una relación élites-masas. Entre 1920 y 1940 se puso en marcha, de manera sostenida, la reconstrucción de las instituciones políticas y se tuvo el propósito de alcanzar una economía capitalista sana. Dichos procesos se llevaron a cabo con la participación activa de obreros y campesinos que formaron sindicatos, ligas agrarias, gremios, y partidos, contribuyendo de esa manera a la modernización de la estructura política. A cambio, fueron satisfechas (parcialmente) algunas de sus demandas. En este contexto, fueron desplazados los sectores sociales medios urbanos que rechazaron las formas de organización popular asociadas con el Estado revolucionario.

Asimismo, entre 1929 y 1968 perduró un movimiento de centralización e institucionalización de la política que tuvo como eje la fundación de un partido dependiente del propio Estado. En estos años, a pesar de algunas inflexiones, la hegemonía del PNR- PRM- PRI es lo que pudo explicar la fórmula de funcionamiento y la lógica del sistema político. En este sentido, la creación del PNR fue resultado de la necesidad de construir una fórmula para resolver en términos pacíficos e institucionales el problema de la sucesión presidencial. No obstante, trascendería ese objetivo hasta convertirse en uno de los dos pilares fundamentales de la institucionalidad estatal, el otro sería el presidente, quien representó la cúspide de la pirámide del poder.

En síntesis, se trata de una etapa marcada por el predominio casi absoluto de un solo partido, que se reproduce gracias a la hegemonía de la ideología de la Revolución Mexicana, y de los múltiples conductos y políticas específicas diseñados para atender reclamos de diversos sectores de la población (Woldenberg, 1993:90).

En este contexto, entre 1940 y 1970 la sociedad mexicana adquirió una configuración diferente a la del periodo anterior (1920-1940), esta vez dominada plenamente por el Estado. Terminó la movilización social como resultado de la estabilidad alcanzada por las instituciones políticas, y también porque durante estas tres décadas los sucesivos gobiernos estimularon la desmovilización política y el conformismo, que se consideraban condiciones necesarias del crecimiento económico, el cual se convirtió en el objeto central y compartido de la sociedad.

El éxito de estas políticas se explica por el control que ejercía el estado sobre la participación [a través de los sindicatos y centrales obreras y campesinas que habían sido incorporadas al partido hegemónico], pero también –y de manera muy importante– porque en vista de la historia inmediata la estabilidad había adquirido un valor en sí misma (Loaeza, 1996:119).

Así, el nacionalismo se convirtió en la piedra de toque de la desmovilización. Los gobiernos recurrieron a la doctrina y la política de unidad nacional, con el propósito de incluir a las llamadas clases medias en el nuevo proyecto.

A partir de entonces el Estado promovió un nuevo consenso nacional, que no sería excluyente como el consenso revolucionario, sino que tenía que servir como base de una democracia que se presentaba como producto de la tradición histórica mexicana y ya no de una ruptura revolucionaria. La continuidad fue el lema de los gobiernos entre 1940 y 1970. La nación se impuso a las clases sociales (Loaeza, 1996:120).

Entonces, durante estos años de relativa estabilidad política y crecimiento económico, la relación “élites- masas” fue dando lugar a una relación de clases sociales plenamente identificadas. En otras palabras, el gobierno intentó reconocer una nación pluralista, siempre y cuando se mantuviera “intacto” el control político ejercido sobre ella.

Uno de los rasgos sobresalientes de la configuración social del periodo fue el crecimiento de las clases medias y su consolidación en la cúspide de la pirámide del prestigio social. Este fenómeno no fue resultado únicamente de una decisión política, también fue reforzado por un modelo de desarrollo económico que privilegió los intereses del capital frente al trabajo; la industria con respecto a la agricultura; las ciudades ante el campo, y el mercado de bienes duraderos contra los de consumo inmediato y popular. En cambio, la posición de campesinos

y obreros se estancó e incluso se deterioró, por la política de bajos salarios que fue una de las claves de la acumulación del capital.

Los gobiernos de este periodo contaron con el apoyo de clases medias que parecieron dispuestas a posponer sus demandas de participación política a cambio de la prosperidad que les brindaba el desarrollo. Desde esta perspectiva, el severísimo conflicto de 1968 entre la Universidad y el Estado [...] fue una crisis de crecimiento, producto de las demandas de los grupos modernos de la sociedad que exigían cambios políticos (Loaeza, 1996:124).

En el periodo que va de 1970 a 1988 se distinguen claramente dos momentos: el primero abarcó de 1970 a 1981 y se caracterizó por las secuelas del conflicto de 1968³⁵, en términos de los realineamientos políticos a los que dio lugar, y su impacto sobre la economía. Fueron años de crecimiento económico y prosperidad, pero con inflación. El segundo momento se inició en 1982, con la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo, para rescatar la experiencia de la estabilidad económica. Durante todo el periodo, se profundizó la desigualdad social.

La inestabilidad económica cristalizó las diferencias sociales. La conciencia de privilegio de las clases altas y medias selló el perfil de esta nueva configuración (Loaeza, 1996:125).

Aquí es importante hacer un breve paréntesis para señalar que el movimiento estudiantil de 1968 puede tomarse, según Woldenberg, como el momento paradigmático de una institucionalidad estatal encerrada en si misma, que no mostró capacidad para ofrecer respuestas positivas a los reclamos democráticos de la sociedad; y que, más bien, se empeñó en reeditar fórmulas de coerción que resultaron ser impertinentes ante las nuevas demandas sociales.

³⁵ Entre junio y octubre de 1968 se produjeron en la Ciudad de México manifestaciones multitudinarias de estudiantes y de personal académico, originadas en violentos incidentes estudiantiles en las aulas de enseñanza media y agravadas por una escala de represión policial. Con ellas se puso en duda la legitimidad del proyecto político del régimen como no había ocurrido desde 1957- 1958, cuando se desarrollaron los movimientos de huelga magisterial y de ferrocarrileros. Según Meyer, el movimiento de 1968 demandó el respeto al espíritu democrático de la Constitución de 1917; lo cual, sin ser abiertamente revolucionario, equivalía a denunciar y rechazar la tendencia autoritaria del régimen (Meyer, 2002).

A raíz de 1968 la sociedad mexicana desarrolló una cultura de la participación, encabezada por los valores de la clase media³⁶. Desde entonces, entre numerosos grupos sociales se fue ampliando el interés por los asuntos públicos. Este fenómeno fue un contrapeso al control político característico del periodo anterior (1940-1968), y a su vez significó la aparición y el fortalecimiento de una *opinión pública* que poco a poco se fue integrando como parte de la vida pública mexicana.

[...] La opinión pública, expresada en la expansión y diversificación de los medios y en la aparición de numerosos grupos de interés, ha ido dibujando límites al ejercicio del poder, mismos que han inducido reformas políticas significativas que pueden resumirse en la apertura del régimen político a las demandas de la sociedad (Loaeza, 1996:119).

En los años siguientes a lo ocurrido en 1968 se crearon nuevas agrupaciones políticas y surgieron nuevas publicaciones que ilustraban que los conductos tradicionales del quehacer político resultaban estrechos para sectores importantes de ciudadanos, como los obreros, campesinos, estudiantes, entre otros. Y en el extremo, hubo distintas protestas, tanto en las ciudades como en el campo, hacia el gobierno. Los protagonistas partían de la consideración de que los espacios para el quehacer político democrático no sólo estaban clausurados, sino que no existían condiciones siquiera para luchar por ellos en los marcos de la legalidad.

Estas situaciones muestran que, en ese periodo, hubo una gran conflictividad en el terreno social que no encontraba su expresión en el terreno de la política partidista y electoral. A raíz de esa situación, los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo promovieron un reformismo centrado en el desarrollo de sindicatos (en particular universitarios) y de partidos relativamente independientes; también impulsaron el crecimiento económico. En ambos aspectos, según Loaeza, los principales beneficiarios fueron las clases medias, debido a su amplia participación política y económica. Esta situación era un reflejo fiel de la desigualdad social.

[..] En sus inicios, la reforma política (1977-1979) trató fundamentalmente de incorporar al escenario institucional a fuerzas políticas a las que artificialmente se les mantenía marginadas. Para ello, además de facilitar el acceso a los "registros" de nuevos partidos fue necesaria la

³⁶ Recordemos que el conflicto estudiantil de 1968 fue protagonizado por jóvenes del sector medio urbano, de la llamada "clase media".

apertura de la Cámara de Diputados con el fin de recrear de manera más proporcional la pluralidad política (Woldenberg, 1993:93).

La década de los setenta estuvo caracterizada, además, por un desgaste en la ideología de la Revolución Mexicana, pues empezó a ser apreciada por amplios sectores sociales como “un hecho del pasado que no puede seguir escindiendo y organizando la arena política” (Woldenberg, 1993:91).

Una sociedad cada vez más plural en lo ideológico, un país secularizado políticamente hablando, la aparición de nuevos actores que no quieren ni pueden reconocerse en el entramado tradicional del quehacer político, hacen imposible organizar al país de acuerdo con las coordenadas de “revolucionarios” vs. “contrarrevolucionarios” que cada vez expresan menos lo que realmente sucede (Woldenberg, 1993:91).

En síntesis, en los años setenta, determinados fenómenos confluyeron y modelaron una situación crítica: la aparición de actores sociales y políticos que no encontraron cauce para acceder a sus aspiraciones políticas; el desgaste de la ideología que, desde principios de siglo y durante décadas, definió en gran medida el aspecto cultural de la nación; una conflictividad creciente que no encontró correspondencia con el mundo de la política institucional, y el término de una etapa de crecimiento económico protegido y estable cuyo eje fue el Estado.

En la década de los ochenta, hubo una situación inédita de recesión económica y aumento de precios. Al mismo tiempo, la acción y la autoridad del Estado se vio limitada por una severa crisis fiscal y el des prestigio de la élite política. En este contexto, la sociedad asumió un intenso activismo político que se expresó en el fortalecimiento de la *pluralidad social*: aparecieron grupos de defensa empresarial, sociedades de padres de familia, ligas campesinas, habitantes de barrio, etc. De esta manera, la sociedad marca el tránsito de una relación de clases bien identificadas a una situación de *agrupaciones específicas* con identidades propias y fines concretos³⁷.

³⁷ Esta última reflexión es mía, me base en Giddens y en Baumann. La autora no habla de *agrupaciones específicas*, para ella la situación de las clases sociales, haciendo hincapié en el aspecto de la desigualdad, fue o ha sido inevitable:

“Pero, al mismo tiempo, calladamente, la legitimación de la pluralidad social ha abierto el camino para que la sociedad de clases se instale como una inevitabilidad [...]” (Loaeza, 1996:128)

Al iniciarse esta década, algunos grupos sociales parecían más fuertes, organizados y consistentes que el Estado, abrumado por la deuda externa y el desgaste de más de sesenta años de ejercicio del poder (Loaeza, 1996: 128).

Paulatinamente fueron perceptibles cambios en el horizonte y el lenguaje político. La convivencia y la competencia se instalaron, poco a poco, como valores positivos y la pluralidad empezó a ser percibida como una virtud, más que como desgracia. La idea de un México homogéneo, monolítico, monocolor, lenta pero indefectiblemente se convirtió en una noción excéntrica (Woldenberg, 1993:93)

Así, el fortalecimiento de la diversidad social borró la obsesión por la unanimidad política que los sucesivos gobiernos habían tenido hasta entonces. Por primera vez en la historia del México independiente la élite gobernante habló de la necesidad de cambiar al Estado para ajustarlo a las necesidades de la sociedad. En este sentido, el surgimiento o consolidación de partidos y demás agrupaciones políticas con arraigo y relativamente independientes al Estado, durante los años ochenta, sirvió para colocar en los primeros lugares “del orden del día nacional” los temas de la democracia, los partidos políticos y las elecciones.

Un ejemplo de ello fueron precisamente las elecciones presidenciales de 1982, en las cuales compitieron siete partidos, en lugar de uno solo como ocurrió en 1976. Seis años después (1988) el candidato del PRI sólo obtuvo (oficialmente) el 50.74% de los votos, la votación presidencial más baja en la historia del PNK- PRM- PRI hasta ese momento. Este resultado fue impugnado con fundamento por los partidos de oposición.

Después de esa jornada, pareció evidente que México ya no cabía bajo el mando de un solo partido. Esta tendencia se siguió constatando en muy distintas elecciones locales. Entonces, pareció necesario transitar hacia un sistema de partidos que, en conjunto, le diera cabida a la diversidad de expresiones sociales presentes en el país. Sin embargo, de manera paradójica, esa transición no fue (ni ha sido hasta hoy) fácil. Y ello ha podido constatarse en el momento electoral:

Mientras las elecciones son aceptadas en el discurso de las distintas fuerzas políticas como el expediente legítimo para acceder a los puestos de gobierno y legislativos -lo cual crea un piso

común para la convivencia-, no dejan de desatar los conflictos políticos más agudos, fruto de los fraudes e impugnaciones que recurrentemente las marcan (Woldenberg, 1993:93).

En síntesis, en este último apartado se ha mostrado la manera en que la sociedad mexicana se fue diferenciando, a partir de la Revolución Mexicana y en adelante, como resultado de los desequilibrios del régimen de poder y del modelo de desarrollo económico. En otras palabras, se propuso mostrar, a grandes rasgos, el proceso de cambio de una sociedad compuesta por élites y masas, a una sociedad ampliamente diversificada que va más allá de las categorías de las clases sociales y que, de manera paulatina, fue (o ha ido) percibiendo a los referentes simbólicos y contenidos culturales provenientes del Nacionalismo Revolucionario “como una alternativa más” entre la pluralidad de vínculos culturales, sociales y políticos que fueron teniendo lugar en nuestro país.

Estas consideraciones permiten establecer, a grandes rasgos, un puente entre el contexto del Nacionalismo Revolucionario y el actual contexto global en el que se encuentra nuestro país, en lo que concierne a los referentes simbólicos de identidad nacional y las grandes transformaciones sociales. Es decir, nos permiten enlazar el momento histórico social en el cual se consolidan en México las nociones de Estado nación, nacionalismo e identidad nacional, con el contexto en el cual dichos conceptos se ven cuestionados y redefinidos de una manera sin precedentes. Este último tema será expuesto a continuación.

Capítulo 3. México en el contexto de la mundialización. Identidad única vs. pluralismo cultural y multiculturalismo

3.1. El contexto de la modernidad reflexiva

En el primer capítulo se señaló que las sociedades, y los estados nacionales específicamente, son entidades propias de un periodo histórico concreto llamado *modernidad*. En los últimos años del siglo XX (aproximadamente a partir de 1989, con la caída del socialismo en Europa) y hasta hoy en día, distintos autores como Beck, Giddens, Baumann, entre otros, han sostenido que el mundo actual se encuentra en una nueva era a la que han de responder las ciencias sociales, y que trasciende a la misma modernidad³⁸. De acuerdo con Giddens, lo que sucede en realidad es que el mundo ha entrado en un periodo en el cual las consecuencias de la modernidad se están radicalizando y universalizando como nunca. Ciertas características distintivas de la era moderna, como el *ritmo del cambio* y el *ámbito del cambio*³⁹ han tenido un impacto más profundo en las sociedades y un alcance global sin precedentes. Además, siguiendo al autor, el dinamismo de la modernidad se deriva de determinadas situaciones como lo son:

La separación del tiempo y el espacio: El advenimiento de la modernidad paulatinamente separó el espacio del tiempo al fomentar las relaciones entre *ausentes* localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara a cara. Ejemplos de ello son la televisión, el video, la comunicación telefónica, Internet, etc.

³⁸ Se han sugerido diferentes términos para referirse a esa transición, algunos de los cuales hacen referencia directa al surgimiento de un nuevo tipo de sistema social (como “la sociedad de la información” o la “sociedad de consumo”); no obstante, la mayoría de esos términos sugieren más bien que el anterior estado de las cosas está llegando a su fin (“postmodernidad”, “postcapitalismo”, “la sociedad postindustrial” y así sucesivamente). Para los fines de este capítulo, utilizaré el término *modernidad reflexiva*, para hacer referencia, en términos generales, a la situación mencionada.

Ahora bien, entre los especialistas en este tema no existe un consenso único con respecto a una determinada fecha, o a un momento histórico concreto que marque el transito de la modernidad industrial a la modernidad reflexiva. El contexto que tuvo lugar en 1989 sólo se plantea como un referente simbólico de “la nueva” situación mundial.

³⁹ Véase capítulo 1.

El desanclaje: implica la separación de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción, y la reestructuración de las mismas en intervalos indefinidos de espacio y tiempo. La comunicación vía Internet es el ejemplo más claro de ello.

La apropiación reflexiva del conocimiento: las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas que, de esa manera, alteran su carácter constituyente. Por ejemplo, en este documento se ha señalado la manera en que han cambiado los referentes simbólicos de la identidad nacional a lo largo del tiempo.

De acuerdo con Giddens y Beck, estas situaciones (a las cuales se sumarán la globalización, la mundialización, entre otras cuestiones que revisaremos más adelante) no han encontrado una explicación satisfactoria en las grandes teorías sociales, como el estructural funcionalismo y el marxismo⁴⁰. Es por ello que deben buscarse nuevas explicaciones del orden (o “desorden”) social actual. En este sentido, se habla del tránsito de la modernidad a la modernidad reflexiva, es decir, a una situación en la cual la modernidad se ve a sí misma para conocer sus características, y a partir de ello, se autoconfronta. Esto es, no sólo se consideran los resultados de la era moderna, sino que se analiza cómo, quién y en dónde se toman las decisiones para tratar de explicar (no calcular) los riesgos a los que estamos sometidos actualmente⁴¹.

Una vez señalado el contexto de la modernidad reflexiva, es preciso indicar en qué situación se encuentran las nociones de Estado nación e identidad nacional en esta era.

⁴⁰ No me detendré a analizar por qué los autores de la modernidad reflexiva concuerdan en tal consideración, para no desviar el objetivo central de este texto.

⁴¹ De acuerdo con Beck, en el contexto de la modernidad reflexiva los riesgos se agudizan porque ya no pueden ser contenidos por “grandes contenedores sociales”, es decir, por las instituciones encargadas del orden y la seguridad, como el Estado. Lo que pasa es que se ha perdido la confianza en la seguridad y certidumbre que estas pudieran tener. Más aún, hoy en día no existe la posibilidad de calcular el riesgo, porque un riesgo conduce a otro y así sucesivamente. Por lo tanto, ya no podemos hacer ningún cálculo sobre qué medios utilizar para determinados fines, porque el riesgo es lo que determina las situaciones (Beck, 1998). En este contexto, la única salida para Beck es el conocimiento y la conciencia de que vivimos en una sociedad de riesgo.

3.2. La idea de nación en tela de juicio y el proyecto del multiculturalismo

En el primer capítulo se mostró que, a través de la vinculación de la nación con el Estado, la nación legitimó las exigencias de orden y estabilidad del Estado, y éste colaboró secundando las pretensiones de integración y asimilación que la nación le plantea. Además, se señaló que el mundo quedó dividido según el área de dominio de los Estados- nación. No obstante, es importante señalar que el Estado- nación es una *entidad histórica* y, como tal, su origen y sus formas se pueden explicar y describir. Por lo tanto, si hubo un pasado que prescindió de él, bien puede esperarse que en el futuro fuese sustituido por otra forma de organización.

A lo largo de la historia de los Estados- nación, generalmente, los esfuerzos de los ciudadanos por poner su nacionalidad por sobre todos los otros valores y lealtades políticas no solían considerarse lo suficientemente fervientes e incondicionales. El principio contenido en la frase “es mi país, bueno o malo” debía inculcarse incansablemente a los sujetos, como de hecho lo fue, y sin embargo, señala Bauman, nunca logró gozar de la aprobación universal que se esperaba de él. No obstante, lo que sostenía la unidad de la nación “en las buenas y en las malas”, era la fuerza del Estado soberano, la única capaz de asegurar (al menos en principio si no en la práctica) tanto la seguridad como el bienestar, y de resolver los conflictos en la medida en que se fueran presentando.

Héctor Cappello (1993) y Miriam Alfie (2005) señalan que los avances actuales hacia una economía fuertemente articulada en el ámbito internacional, la creciente integración de las naciones en foros multinacionales, las compañías transnacionales, amenazan los principios a partir de los cuales están organizados los estados nacionales, además de vulnerar su soberanía con decisiones que afectan y trascienden los límites territoriales de los mismos⁴². De igual manera, estos últimos autores concuerdan en que el impresionante desarrollo de las

⁴² De acuerdo con Castells, actualmente existe la posibilidad de una crisis fiscal internacional de los Estados nacionales, como consecuencia del entrelazamiento de las economías nacionales, y de la dependencia de las finanzas del gobierno de los mercados globales y del crédito exterior. Así, el Estado está perdiendo cada vez más poder para controlar la política monetaria, decidir su presupuesto, organizar la producción y cumplir sus compromisos para proporcionar prestaciones sociales (Castells, 1999).

comunicaciones ha facilitado que los países se expongan a la influencia de los medios masivos de información y del mercado internacional. Lo cual, aunado a la tendencia actual hacia la aparición de fuertes organizaciones regionales integradas más allá de los límites de los Estados- nación como la Unión Europea y el propio Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o TLC), como señala Cappello:

[...] ha ocasionado que los procesos de identidad y carácter nacionales estén supeditados a la conformación de nuevas lealtades políticas, ideológicas, culturales y económicas que erosionan la integración de los connacionales respecto a sus tradiciones, costumbres, idiosincrasias y valores históricos (Cappello, 1993:184).

En ese marco las expresiones culturales de los diferentes grupos en todas las naciones han establecido un intercambio más cercano, lo cual genera un aumento en la velocidad del cambio y adaptación cultural a las nuevas condiciones socioeconómicas y políticas del llamado sistema mundial.

Se puede decir entonces que, actualmente, las sociedades están atravesando por un proceso de diferenciación social que conduce hacia el *pluralismo cultural*⁴³. De acuerdo con Mardones (2001), entre los elementos o factores que influyen en dicha diferenciación, los más relevantes son el mercado, la ciudad, la democracia y los medios de comunicación de masas. Estos factores tienen una “función pluralizadora”, ya que ponen en contacto a distintos grupos sociales, diversas culturas y pueblos, además de que crean ámbitos espaciales o legales de encuentro y convivencia plural.

Además, en las sociedades actuales se ha mostrado con mayor evidencia lo que autores como Luckmann y Berger consideran como *la situación de mercado*: “la oferta plural de sentido a la hora de dar respuesta a los denominados problemas existenciales y de identidad”

⁴³ Sartori señala que el *pluralismo* es una visión del mundo que valora positivamente la diversidad. Trata cualquier “identidad” (voluntaria o involuntaria) de la misma manera, en términos de respeto y de reconocimiento recíproco. En este sentido, el pluralismo afirma que la diversidad y el disenso son valores que enriquecen al individuo y también a su ciudad política (Sartori, 2001:19). El multiculturalismo, en cambio, es un proyecto en el sentido exacto del término, dado que propone una nueva sociedad y diseña su puesta en práctica. Y al mismo tiempo fábrica la diversidad, porque se dedica a hacer visibles las diferencias y a intensificarlas, y de ese modo llega incluso a multiplicarlas (Sartori, 2001:123).

(Mardones, 2001:37)⁴⁴. Como consecuencia de esta situación, las diversas ideologías, comportamientos y valores se vuelven *relativos*.

Este relativismo influirá en la subjetividad de los individuos creando inseguridad y zozobra desde el punto de vista de la identidad personal y colectiva (Mardones, 2001:37).

En relación con lo expuesto hasta el momento, Coronado y Hodge señalan lo siguiente:

La cultura contemporánea, globalmente interconectada, está conformada por múltiples intercambios de significado entre culturas locales, regionales, nacionales, y transnacionales, tanto hegemónicas como alternativas y contestatarias. Los significados generados en dichos niveles culturales circulan en los medios globales de comunicación, en la globalización de los mercados, en los movimientos de población y en las relaciones políticas transnacionales produciendo nuevos sistemas culturales que pueden ser caracterizados como sistemas dinámicos complejos lejanos al equilibrio (Coronado y Hodge, 2004:67).

En este contexto, de acuerdo con Bauman, hoy en día las manifestaciones de lealtad nacional (por ejemplo, las efusiones patrióticas que tienen lugar en los desfiles conmemorativos y en los eventos deportivos de manera regular y rutinaria), al igual que las de unidad (las llamadas “mega marchas”, por ejemplo) siguen *el modelo de la multitud* (un estilo de comportamiento individual copiado a escala masiva) más que el comportamiento coordinado propio de las comunidades estables y estrechamente cohesionadas, o una conducta que conduce a la fusión de un “todo mayor a la suma de sus partes”, un todo por el cual cada parte está dispuesta a sacrificarse y lista para hacerlo. Además, las manifestaciones de ese tipo tienden a adquirir un tono carnavalesco.

Como todo carnaval, sirven como válvulas de seguridad para descargar la tensión emocional acumulada, pero más allá de eso tienen una vida breve y difícilmente alcanzan a incidir sobre la vida cotidiana. ponen de manifiesto, si es que llegan a hacerlo, el papel cada vez más reducido de los sentimientos patrióticos en las actividades “normales” de la vida diaria, incluyendo la consabida reproducción del orden rutinario (Bauman, 2002:16).

⁴⁴ De hecho, el autor señala que, tanto el pluralismo cultural como “la situación de mercado” han estado presentes, por lo menos, desde el siglo XVIII. Pero, como se ha señalado, son cuestiones que se agudizan en el contexto de la modernidad reflexiva.

En la vida cotidiana de hoy en día, la nación que coincide con el Estado es sólo una entre las muchas *comunidades imaginadas*, que conforman un amplio conjunto, y que compiten por la adhesión de los sujetos y por constituir un “foco de emociones comunitarias” (Bauman). Las nuevas comunidades imaginadas se forman en oposición al Estado, su territorialidad, sus pretensiones de soberanía total, y su tendencia a trazar y fortificar fronteras y a obstruir o detener la circulación entre ellas.

[Estas comunidades] se sitúan en el mismo espacio extraterritorial en el que el poder ha comenzado a fluir al caer de las manos cada vez más débiles del Estado. Ponen su empeño en la batalla en curso contra los límites impuestos por el Estado y el derecho a separarse territorialmente que éste se ha arrogado siempre (Bauman, 2002:20)

Asimismo, la soberanía, cada vez más limitada, y los menguantes poderes del Estado, privan a la identidad nacional de la posición de privilegio que tenía entre los referentes simbólicos, y que podía servir de punto de encuentro para intereses difusos y diversos, y como espacio para que se condensaran y dieran lugar a fuerzas políticas. En lo que respecta a la solidez de los cimientos de las instituciones, la ventaja de la nación sobre sus alternativas potenciales, como las etnias, o comunidades imaginadas tejidas a partir de diferencias religiosas, lingüísticas, culturales, territoriales o genéticas, se ha reducido considerablemente.

En este sentido, fenómenos tales como la renovación de las reivindicaciones de las nacionalidades y etnias que componen a los Estados nacionales ponen en jaque la capacidad de éstos para mantener un orden homogéneo en la sociedad. Al mismo tiempo que el mundo se unifica, están despertando las conciencias de identidad renovada de los pueblos reales que constituyen los Estados nación y que “vivian bajo el disfraz de una sociedad inventada”.

Al debilitarse los Estados nacionales, los individuos buscan revivir sus vínculos personales en comunidades cercanas, capaces de ser vividas y no solo pensadas, que puedan dar un nuevo sentido a sus vidas. La nostalgia del individuo por una comunidad perdida no se satisface en el Estado nacional, anhela formas de pertenencia a las que pueda integrarse su vida (Villoro, 1999:51).

Entonces, pudiera ser que en un futuro tanto la nación como la identidad nacional como representaciones colectivas evolucionen hacia otros estadios de organización que les den nuevas características o que sean sustituidos por nuevas estructuras políticas y

socio culturales. No obstante, es evidente que, por ahora, el Estado- nación sigue siendo la estructura de organización de la vida social de todos aquellos que habitan determinado territorio nacional, y hoy en día se sigue requiriendo la condición de “nación” y “nacionalidad” para la consecución de ciertas metas, fines y valores personales y colectivos.

De hecho, Mardones señala que, paradójicamente, desde la perspectiva política en muchos países todavía se trabaja con una concepción de cultura independiente, cerrada y homogénea.

La política y las constituciones se plantean el “fondo común”, las similitudes más que las diferencias

Se borra o no aparecen en el primer plano las diferencias y las tensiones que acarrea la diversidad cultural (Mardones, 2001:37)

De igual manera, conceptos tales como *el pueblo*, la soberanía popular, la ciudadanía, la unidad, la igualdad, el reconocimiento y la democracia, presuponen la uniformidad de una nación estado con un sistema político unitario y centralizado. Además, los principios liberales de justicia, la división de poderes y la soberanía (que aún actúa como garante de los derechos individuales, y a su vez es limitada por ellos) resultan inconcebibles sin el marco del Estado nación.

En este sentido, señala Villoro, una supresión de la soberanía de los Estados no conduciría, el día de hoy, a un orden internacional equitativo, sino al predominio sin control de un capital sin fronteras y al mantenimiento de la hegemonía de unas cuantas naciones favorecidas por ese predominio.

La solución a la crisis no es, pues, la desaparición del Estado nación [...] La solución estaría en la reforma del Estado moderno. Sólo con un cambio en la concepción del Estado, podrá este hacer frente a los nuevos retos, sólo entonces podrá cumplir con la función que aún le corresponde antes de desaparecer (Villoro, 1999:52).

En síntesis, las consideraciones anteriores nos permiten ver que existe un vínculo entre la radicalización de la modernidad a través de los procesos de globalización y mundialización y la desintegración de formas de organización social y estructuras establecidas, como el Estado nación. Ahora bien, esto no significa que los conceptos de Estado nación e identidad nacional

hayan perdido vigencia en los últimos años, ni que hayan dejado de ser útiles para explicar y comprender el funcionamiento de las sociedades. *Sólo se han redefinido*; es decir, la nación está dejando de ser vista, en términos generales, como *la unidad social por excelencia*, para ser percibida como “una opción más” de unidad social. Y la identidad nacional, que durante años pretendió ser “la única” o “la más acabada” de las identidades, de igual forma, parece ser ahora una alternativa más.

En otro orden de ideas, existe un proyecto político y social que encuentra una respuesta moral y cierta viabilidad política ante determinados desafíos que se han dado en nuestros días a nivel mundial, y que han contribuido, de manera directa y/ o indirecta, a la redefinición de los conceptos de Estado nación e identidad nacional. Dicho proyecto se conoce como *multiculturalismo*.

León Olivé (1999) señala que el multiculturalismo puede ser entendido como una posición que pugna por el reconocimiento de la diversidad cultural que de hecho existe, y por un modelo de sociedad según el cual es deseable que todas las culturas se preserven, florezcan y evolucionen en su diversidad, en vez de asimilarse a un único patrón de corte occidental moderno.

En este sentido, el multiculturalismo encuentra una respuesta ante ciertos desafíos de la llamada *modernidad reflexiva*, como lo son: los conflictos nacionalistas entre los nuevos estados nacionales que surgieron tras la caída del socialismo en 1989; los millones de aborigenes que han sufrido durante más de cinco siglos el sometimiento y la carencia de derechos en los Estados nacionales a los cuales pertenecen; los cientos de millones de inmigrantes, exiliados y refugiados que no quieren constituir ningún estado nación, pero tampoco ser asimilados sin más y perder su identidad cultural; y movimientos protagonizados por mujeres, minorías étnicas, gays, etc., que reivindican el reconocimiento de sus derechos.

La multiculturalidad es un indicador de donde se sitúan predominantemente los conflictos en nuestra sociedad moderna. Visto desde la perspectiva moral, el multiculturalismo muestra una elevación de la

sensibilidad actual acerca de la vulnerabilidad humana en la modernidad [reflexiva] (Mardones, 2001:41)

Para finalizar este apartado, es importante señalar algunos procesos de cambio social relacionados directamente con el pluralismo cultural y el multiculturalismo, para facilitar la comprensión de ciertos fenómenos que están ocurriendo en el contexto de la modernidad reflexiva, como los que hemos considerado. De acuerdo con Mardones, dichos procesos son:

- a) *La globalización intercultural*: Se refiere a la notoria interacción entre culturas diferentes, facilitada o propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación electrónicos, la comunicación global instantánea (Internet) y los medios de transporte. En este sentido, la globalización intercultural tiene que ver con las transformaciones del contexto de la experiencia social, específicamente con las decisiones locales y las identidades. Implica, por lo tanto, la transformación de la vida cotidiana por efecto de la cercanía intercultural del resto del mundo. De ahí se puede comprender el surgimiento de nuevos nacionalismos y localismos como reacción ligada a, y opuesta a la globalización.

La globalización intercultural se relaciona directamente con lo que Alfie define como *mundialización*: un proceso que pone en contacto a los seres humanos, los lugares, y que tiende a formar interconexiones entre ellos, de tal manera que las barreras ideológicas, económicas y hasta políticas tienden a disolverse (Alfie, 2005:17). En este sentido, la mundialización se diferencia de la globalización (en general) al dar cuenta de las transformaciones socio- culturales, mientras que la última atiende en mayor medida a los campos económico y político.

Una consecuencia evidente del proceso de mundialización son las llamadas *culturas hibridas*, es decir, las expresiones culturales que reflejan una interrelación de elementos discursivos, que tienen formas, géneros o formatos variados; y por lo tanto, no pueden ser identificadas dentro de una gama estática de productos culturales. Un ejemplo de ello son lo llamados *cholos*, grupos juveniles que habitan, en su mayoría, en la frontera norte de

México, y que en su atuendo y comportamiento reflejan una interrelación de elementos simbólicos provenientes de México y de Estados Unidos.

- b) *La destradicionalización*: Se refiere a la consideración de que una tradición determinada es “sólo una más” entre las muchas tradiciones existentes hoy en día. Inmediatamente se vuelven relativas todas ellas.

La tradición ya no se hereda sin más, sino que se acepta, se reflexiona y se asume personalmente. Supone un cambio de estatus en la tradición misma: se la somete a escrutinio crítico y a elección (Mardones, 2001:43).

De manera paradójica, al mismo tiempo se presenta un proceso de *re-tradicionalización* (Mardones) por parte de los fundamentalismos religiosos, étnicos o de familia y género, y reacciones de “defensa tradicional de la tradición”, que son aspectos de un mismo fenómeno.

- c) *La génesis de incertidumbre*: Desaparece lo dado por supuesto con naturalidad. Todo aparece construido, estructurado por el hacer social de los seres humanos. Así, como también apunta Beck, se precisa usar el conocimiento y la reflexión constante, pues tenemos que decidir en una sociedad que construimos.

Este mayor grado de reflexión hace que nuestra sociedad esté en condiciones de tener individuos con una mayor conciencia social. Los sujetos se sienten y quieren como tales (Mardones, 2001:44).

- d) *La homogeneización funcional*: Se trata del conjunto de fenómenos relacionados directamente con el concepto de *diferenciación*: la autonomía del sujeto, el proceso de racionalización que rompe con “el cosmos sagrado unificado” y una diferenciación institucional que acelera los cambios y destruye la llamada “memoria social integrada”.

- e) *¿Dos fuerzas centrifugas?*: Se manifiestan al mismo tiempo dos reacciones opuestas: un movimiento de descentramiento, separación y diversidad que se apoya en la diferenciación de los grupos, las razas, los sexos, las religiones y las tradiciones y produce grupos exclusivos y tribus intolerantes. Por el otro lado, asistimos a un

movimiento de creciente separación y aislamiento de los individuos, una suerte de “solitarios egoístas y sin raíces”⁴⁵.

Después de haber definido el contexto mundial en el cual está inserto nuestro país actualmente; y después de haber “puesto sobre la mesa” los grandes desafíos que conciernen a todo el planeta, haciendo énfasis en la situación de los Estados nacionales y las identidades, es preciso señalar de qué manera han cambiado o se han redefinido los referentes simbólicos y los contenidos culturales de la identidad nacional mexicana.

3.3. ¿Una sola identidad mexicana?

En el segundo capítulo se mostró que, por muchos años, la evolución social del país tuvo como referencia básica a las instituciones y los contenidos culturales de la Revolución Mexicana. La Constitución de 1917 le dio al país una decisiva configuración política y jurídica, lo cual ha sido un aspecto fundamental de la evolución política nacional, ya que de ahí emanaron proyectos políticos estatales (concretamente el llamado Nacionalismo Revolucionario) y figuras institucionales capaces de sustentar un desarrollo de larga duración. En este sentido, el Estado surgido de la Revolución se consolidó, por lo menos durante la mayor parte del siglo XX, como un referente de gran aiento, no sólo en el orden político, sino también para el conjunto de la dinámica social, económica y cultural del país.

A partir de la Revolución, y por más de setenta años, se consolidó una ideología integracionista basada en seleccionados elementos miticos, históricos y étnicos que se realizaron como representaciones de “lo nacional”. De esta manera, se utilizaban como representaciones culturales y estéticas tanto los legados mesoamericanos como las experiencias revolucionarias de las primeras décadas del siglo XX. Aunque, al mismo tiempo, el Estado mostró (y sigue mostrando) un esfuerzo por imitar los modelos de modernización europeos y norteamericanos (en todos los sentidos).

⁴⁵ Según Walzer, los indicadores de este individualismo son numerosos en las sociedades actuales: la elevación de las tasas de divorcio, el número de personas que viven solas, el declive de la pertenencia a las iglesias, sindicatos, partidos, la movilidad geográfica y social, etc. (Mardones, 2001:46)

Recurriendo a las tradiciones precolombinas el Estado mexicano intentaba definir su contribución a la cultura universal por medio de imágenes “auténticas”. El comportamiento imitativo frente a los estilos europeos y más tarde norteamericanos, había caracterizado el camino inmediato del país en su afán de lograr la participación en el mundo moderno (Maihold, 2004:45).

Así, como se ha señalado, la heterogeneidad interna tenía que ser rearticulada por el nacionalismo, de tal manera que el regionalismo típico de México pudiera ser integrado en la nación y los valores promovidos por ella, a través de la acentuación de expresiones culturales locales o “populares”.

Si observamos las recientes encuestas se perfila que tal concepto de identidad sigue presente⁴⁶. Sin embargo, aún persiste una marginación del indígena “real” frente al legado prehispánico y una afirmación de las tradiciones revolucionarias frente al dominio de estrategias de desmovilización en la sociedad. Con todo, el ideario “oficial” de nación, en años recientes, ha cedido terreno a una concepción que respeta espacios propios para el desarrollo social y cultural de carácter independiente al Estado y la apertura de nuevos espacios públicos de participación. Hoy en día es evidente que la construcción de una sociedad plenamente moderna y relativamente homogénea aún no ha concluido; en muchas regiones geográficas y culturales esto será tarea del presente siglo XXI.

Los diferentes gobiernos post revolucionarios trataron de darle al Estado orden y sentido para consolidarlo como la gran figura central del país, en el amplio sentido del término. En este sentido, el siglo XX se caracterizó por los vaivenes (*discontinuidades*, dirá Giddens): momentos de estabilidad e inestabilidad, ciclos, auges, declives, etc. Como señalan Cordera y González, hoy en día el país enfrenta duras pruebas y reclamos sociales que han surgido de

⁴⁶ Por ejemplo, en una encuesta aplicada a escala nacional en el año 2000, una de las preguntas hacia referencia al tema del “orgullo nacional y el patriotismo” en el contexto de la globalización. De acuerdo con Alducín, estas nociónes o referentes simbólicos han aumentado para casi cuatro de cada diez (38%) de los ciudadanos encuestados, han disminuido para más de la mitad (52%) y uno de cada diez no respondió. Entre quienes consideraron que el nacionalismo ha aumentado, la gran mayoría (85%) pensaron que ello es bueno y sólo uno de cada siete (15%) pensó que es malo. Entre quienes pensaron que el orgullo nacional ha declinado, nueve de cada diez (90%) lo consideraron malo y sólo el 10% dijeron que es bueno. En palabras del autor: “Ésta es la otra cara de la moneda de nuestra mayor vinculación internacional; la mayoría de los ciudadanos considera que se pierde el amor por lo nuestro y por nuestras raíces, y casi todos los mexicanos deploran este hecho” (Alducín, 2000:621).

una complicada situación en donde todo se ha puesto en cuestión de nuevo: el carácter y la figura del Estado, y por consiguiente, su centralidad; el perfil de la economía y sus mecanismos de distribución y de crecimiento, a la luz de una desigualdad evidente y la extensión de la pobreza.

Así, por lo menos las últimas tres décadas del siglo XX vieron surgir una sociedad que no se conformó con la gobernabilidad corporativa y autoritaria heredada de la Revolución y reclamó para sí, a través de la democracia, una nueva forma de gobernarse.

Esta sociedad busca también nuevas formas de existencia y coexistencia social, una novedosa manera de hacer cultura y, por ende, de producir el orden político y de entender el Estado. Estado, economía y sociedad están buscando nuevos equilibrios y acomodos dinámicos, no sólo para hacer frente a las nuevas circunstancias domésticas, sino también a portentosos deslizamientos en el entorno mundial (Cordera y González, 2000:282)

Como se ha señalado, estos cambios se relacionan directamente con los efectos de la mundialización y la globalización, aspectos que han dejado de ser en México referencias lejanas o hipótesis de trabajo para el futuro y se han vuelto, cada vez más, una realidad inmediata y cotidiana, aún en las regiones más apartadas (como las sierras, por ejemplo) gracias a la influencia de los medios masivos de comunicación y una migración intensa⁴⁷.

En lo que respecta a la economía y a la política, por ejemplo, debido en parte a las crisis internas, la sobre explotación de la riqueza petrolera y los retos internacionales, el país se ha visto obligado a encauzarse hacia una apertura económica, con lo que queda desarticulado, de manera definitiva, el equilibrio institucionalizado entre el control estatal de la economía y

⁴⁷ El caso mexicano es ejemplar con relación a la concentración de procesos de intercambio a través de procedimientos de migración de largo alcance cultural. Esta situación es visible en las fronteras de la creciente comunidad del TLC entre Canadá, Estados Unidos y México, donde se calculan por lo menos 1,400,000 cruceños de la frontera entre México y Estados Unidos por día (Maihold, 2004:43). Como señala el autor, en este contexto se enfrentan elementos unificadores y desintegradores en los ámbitos económico, político, social y cultural. De ahí la relevancia del tema inmigratorio para comprender la situación, en términos generales, en que se encuentra el país.

de la política. Como consecuencia, esto se expresa en una ruptura con el pasado de control unitario de economía y Estado a través del presidente y su partido⁴⁸.

A pesar de que México, de manera oficial, ha asumido la democracia como forma de gobierno a partir del año 2000, la sociedad mexicana sigue esperando soluciones a los retos de su futuro, ya sea en relación con la garantía de los derechos humanos, el pluralismo cultural, y el desarrollo económico con la reducción de la pobreza.

De acuerdo con Aziz Nassif (2003), tal parece que México está atravesando una doble crisis, que de igual manera, presentan las democracias representativas en todo el mundo: una es el vaciamiento de la democracia representativa frente a una globalización que debilita los mecanismos de integración social y política, cuando el poder ya ha dejado de estar controlado, casi exclusivamente, por el presidente de la República y ha cedido terreno al dominio del capital financiero “sin patria”. La otra crisis tiene que ver con las dificultades propias de construir una democracia.

[...] Todo indica que en México tenemos que resolver de forma simultánea los conflictos y obstáculos propios de una tardía y larga transición democrática, y los retos de la crisis de la democracia en un mundo global. Queda claro que este primer gobierno de alternancia [2000-2006] enfrenta fuertes obstáculos que no ha podido vencer. Lo que todavía no sabemos es hasta qué grado seguimos atados a la lógica del conflicto y la parálisis, como una nueva normalidad, o si hay algún margen para salir del pantano (Aziz Nassif, 2003:67).

En materia política, durante el presente sexenio (2000- 2006) se ha observado una ampliación de libertades, en el amplio sentido del término, y un debilitamiento de los esquemas corporativos y clientelares, a pesar de las grandes dificultades para hacer reformas estructurales y construir consensos. Al mismo tiempo, se ha podido observar en el ambiente social una pérdida significativa de las expectativas con respecto al “gobierno del cambio”, incluso hay personas que han considerado que “los tiempos pasados eran mejores” (Aziz Nassif, 2003:68).

⁴⁸ Así, el año de 1994 se convierte en encrucijada tanto en relación con la participación de México en el Tratado de Libre Comercio como también -a raíz de la rebelión zapatista- en el cuestionamiento abierto de la nación y sus fundamentos culturales y democráticos (Maihold, 2004:48)

En este mismo contexto, los diferentes estratos sociales reclaman nuevos roles, tal vez inéditos, como formas de cohesión e identidad (por ejemplo, el llamado movimiento zapatista vigente, por lo menos, desde 1994). Así, el sentido de pertenencia nacional parece vincularse con gran fuerza a los ámbitos cotidianos y a las lealtades locales.

De acuerdo con Bonfil, el proyecto de homogeneizar culturalmente a la población de nuestro país no culminó con el éxito esperado:

La [noción de] identidad nacional no se presenta hoy tan firme y acabada como supone el discurso (de cualquier signo). Hay fisuras, inconsistencias, contradicciones y desigualdades, cuya fuerza centrífuga muestra el error de fondo del proyecto homogeneizante: su pretensión de sustituir las ricas y variadas culturas reales por otra, necesariamente artificial y acartonada, que se postula como superior y englobante de las demás (Bonfil, 1993:20).

No obstante, la identidad nacional es flexible. Así como pudo abarcar diversos particularismos en un solo proyecto, actualmente puede, bajo ciertas condiciones, funcionar como un nivel de identificación más amplio, más general y capaz de incluir distintas identidades que corresponden a grupos muy diversos. Es en este aspecto en donde tienen cabida los temas del pluralismo cultural y el multiculturalismo. Sin embargo, las consideraciones planteadas hasta el momento nos muestran que, tanto el pluralismo como el multiculturalismo, son perspectivas que en nuestro país apenas se encuentran sobre la mesa de discusión.

En este sentido, recordemos que en México ha existido (hasta hoy) un conflicto histórico entre la pluralidad cultural de nuestra sociedad y el proyecto de cultura única; dicho conflicto consiste en que la definición de *lo nacional* implica la negación y la ilegitimidad de cualquier otra identidad de amplio rango o *polisémica* (Bonfil, 1993:20). Si a esto se añade que el patrimonio que, se afirma, es común a todos los mexicanos, en realidad no es accesible para todos en la misma medida y, en cambio, si se concentra y beneficia a minorías privilegiadas, el conflicto entre identidades (por un lado, la nacional y, por otro, las excluidas y vueltas ilegítimas) se puede entender como una lucha por obtener y/o mantener el control de parcelas del patrimonio cultural, las cuales son significativas, tanto para la cultura nacional

como para los distintos grupos diversificados culturalmente que están incluidos en el Estado nacional.

Bonfil señala que el surgimiento de nuevas identidades también podría concebirse, aunque no exclusivamente, como una expresión del conflicto en torno del control cultural, avivado por los desequilibrios que provoca el reordenamiento de fuerzas económicas, políticas, sociales y simbólicas que ocurre en la sociedad mexicana actual.

Por su parte, Cordera y González señalan que, más bien, los grupos e individuos que integran nuestra sociedad están desarrollando, en forma paulatina, una flexibilidad que les permite adecuarse a diversos escenarios regionales, productivos y nacionales, sin que ello implique necesariamente la aparición de factores que los alejen de sus comunidades de origen o de la nación misma.

Por otra parte, podemos ver que las fuerzas de la globalización y la mundialización, al interactuar con procesos con una larga historia, como la misma definición de "lo nacional" en el amplio sentido del término, no sólo están cambiando el paisaje cultural mexicano sino también los términos que son necesarios para describir y manejar las nuevas formas de cultura e identidad, y las nuevas posibilidades para vivir⁴⁹.

De esta manera, podemos ver que en una sociedad heterogénea como la nuestra no existen pautas culturales uniformes, sino un patrón complejo de diferencias de identidades étnicas y regionales, creencias y tradiciones que conviven en forma desigual, e incluso contradictoria, en distintos parámetros de tiempo y espacio, conjugando aspectos modernos y tradicionales. Por consiguiente, la sociedad mexicana cambia con diversos ritmos y en ámbitos desiguales, pero lo hace sin abandonar algunos elementos y referentes culturales presentes en ella desde

⁴⁹ Así, por ejemplo, los intentos de usar viejas categorías rígidas y binarias como "mexicano" versus "estadounidense", con frecuencia generan que los análisis parezcan confusos y menos creíbles, impidiendo el entendimiento y el diálogo que podría tener lugar entre las partes involucradas (Ceronado y Hodge, 2004:79-80).

hace siglos, como el culto a la Virgen de Guadalupe y los simbolos patrios, por mencionar algunos.

Ante este panorama, resulta complicado establecer un posible escenario con respecto al futuro del Estado nación mexicano y la diversidad social y cultural que en él habita. No obstante, resulta elocuente la reflexión que proponen Cordera y González para concluir este último apartado:

La compleja diversidad que define a México, así como la creciente dificultad de la política estatal y la política en general para funcionar como grandes articuladores de las demandas económicas y sociales deben ser objeto de deliberación pública, que no rompa sino ensanche la institucionalidad propia de un Estado democrático, para crear nuevos modelos de cohesión social y nacional en torno a un desarrollo más denso e incluyente. La educación, dada su potencialidad como creadora de nuevos futuros de equidad, política y cultural, deberá ocupar el centro de este tipo de esfuerzos (Cordera y González, 2000:328).

Se puede decir, finalmente, que el tema de la nación y la identidad nacional mexicana aún no es un asunto concluido. Desde el punto de vista de las ciencias sociales, y de la sociología en particular, aún queda mucho por analizar mientras tales conceptos perduren vigentes en el imaginario colectivo de nuestra sociedad.

Conclusiones

Desde el punto de vista de la sociología, el término “sociedades” hace referencia a sistemas perfectamente delimitados que poseen una unidad interna propia, concretamente a lo que se conoce como *Estados nacionales modernos*. En este sentido, para el pensamiento occidental, por lo menos desde el siglo XIX y durante la mayor parte del siglo XX, la nación fue concebida como *la unidad social por excelencia*; es decir, la nación, incluyendo su vinculación con el Estado, fue percibida como el paradigma de organización más acabado de las sociedades contemporáneas. Y aunque en años recientes dicho paradigma de organización se ha visto ampliamente cuestionado en todo el mundo, aún perdura vigente.

De ahí la importancia de señalar cuáles son los referentes simbólicos y los contenidos culturales que nos permiten hablar de la existencia de una nación específica y, por consiguiente, de una identidad nacional, en este caso, de la nación y la identidad nacional mexicana; lo cual implica entender las razones por las cuales dichos referentes y contenidos han variado a lo largo del tiempo.

A partir del momento en que cobra relevancia el tema de la identidad nacional en nuestro país (del patriotismo criollo en adelante), *¿Cuáles han sido los principales referentes simbólicos y los contenidos culturales que nos permiten hablar de la existencia de una identidad nacional mexicana?*

Para responder esta pregunta, se debe considerar que el surgimiento de cualquier representación colectiva, como lo es la identidad nacional, implica el hecho de que los individuos aceptan una serie de normas y valores como propios y los interiorizan como determinantes de todo su comportamiento social. Además, deben tomarse en cuenta ciertas características, como las siguientes, que permiten definir a una asociación humana como nación: una sola cultura, lenguaje, ascendencia, sentido de pertenencia, una sola economía, un territorio; y un proyecto común, un conjunto de derechos y deberes legales iguales para todos sus miembros, así como una cultura de masas común.

En nuestro país, los distintos proyectos nacionales conforme a los cuales se ha pretendido organizar a la sociedad mexicana en los distintos períodos de su historia independiente han estado encuadrados exclusivamente en el marco de la civilización occidental, concretamente en el marco de los estados nacionales modernos, soslayando las perspectivas de los grupos indígenas. En este sentido, quienes se han dado a la tarea de sintetizar la diversidad social y cultural que habita nuestro territorio en una sola nación con su respectiva identidad, han sido las sucesivas élites políticas e intelectuales de nuestro país.

En la época colonial, el objetivo de los criollos fue recuperar referentes simbólicos considerados como "propios" para constituir a la colonia en una nación, y de esa manera oponerse a la dominación española. Entre esos referentes, el símbolo del Escudo Nacional y el culto a la Virgen de Guadalupe, así como la exaltación del pasado prehispánico son elementos que perduran vigentes, hasta hoy en día, como distintivos de la identidad nacional mexicana.

Con la consumación de la independencia nuestro país alcanzó su estatus de "nación libre y soberana", por lo menos de manera oficial, y se instituyeron los símbolos patrios y emergieron las celebraciones cívicas, con su respectivo calendario, en tanto formas o elementos cuya intención fue, y ha sido, reafirmar entre la población el sentido de pertenencia a la nación. La instauración de la República y la Constitución Federal de 1824, con su respectivo proyecto político, fueron elementos decisivos para hablar propiamente de la existencia del Estado nación mexicano.

Durante el porfiriato se consolida como tal la figura de un Estado moderno, que generó crecimiento económico y estabilidad social por largo tiempo, y con recursos suficientes impulsó un programa encaminado a desaparecer las diferencias de los distintos grupos sociales a través de la forja de una identidad cultural única. Tal propósito se vería reflejado en obras monumentales trascendentales como: *Méjico a través de los siglos* y *Méjico: su evolución social*. En estas obras se perfiló la imagen del mestizo como el gran unificador de las contradicciones étnicas, ideológicas y de clase, y en este sentido, fue visto como el

protagonista del progreso del país. De esta manera, estas obras delimitarían el origen de la nación, a través de las consecutivas etapas de la vida nacional, para concluir señalando que se trataba de una nación mestiza. Además, la élite porfiriana participó en eventos internacionales con el objetivo de mostrar al mundo el progreso del país, y de esa manera cambiar la impresión generalizada de un país violento, incivilizado, e inseguro.

A partir de la Revolución de 1910 se redefinieron los referentes simbólicos y contenidos culturales relacionados con la nacionalidad y la identidad mexicana. Se les otorgó a estos un arraigo popular con el fin de legitimar al Estado. Se revaloró al mestizo y se le colocó como el personaje central, al punto de considerar “lo mestizo” como la esencia de “lo nacional”. Así, “la mexicanidad” y “la nación”, representadas a través de elementos míticos, históricos y étnicos seleccionados, fueron introducidas como última referencia simbólica y como únicas legitimidades de toda acción. En eso consistiría, a grandes rasgos, el proyecto de nación mestiza. En este sentido, a partir de esta etapa tendría lugar la consolidación de las nociones de *nación*, *Estado nación*, e *identidad nacional* o *mexicanidad* en tanto referentes simbólicos que le han dado al conjunto de habitantes de la República mexicana una singularidad y un reconocimiento propios. De ahí en adelante, dichos referentes permanecerían relativamente estables durante la mayor parte del siglo XX (por lo menos hasta 1968), gracias al éxito de la *coerción ideológica*, impuesta por un sistema político fuerte basado en la hegemonía de un partido oficial y una figura presidencial con amplias facultades.

Sin embargo, hoy en día resulta evidente que la construcción de una sociedad plenamente moderna y relativamente homogénea aún no ha concluido. De ahí la importancia de haber planteado una segunda pregunta de investigación: *¿Cómo y por qué han variado y se han resignificado los referentes simbólicos y contenidos culturales de la identidad nacional?*

Desde una perspectiva macrosocial, se puede decir que los cambios en la percepción social de tales referentes y contenidos se relacionan directamente con los desequilibrios del régimen de poder y del modelo de desarrollo económico, el poder de los medios de comunicación, y sobre todo, con el ritmo del cambio social y con las formas particulares y variables como se

fue organizando la sociedad ante las exigencias de la modernización, y en los últimos años, ante las exigencias de los procesos de globalización y mundialización. A todo ello, se suma el (“eterno”) conflicto histórico entre la pluralidad cultural de nuestra sociedad y el proyecto de cultura única, que ha quedado inconcluso hasta hoy.

En este sentido, a partir de la coyuntura que tuvo lugar en 1968, de manera paulatina, se fue ampliando el interés por los asuntos públicos entre numerosos grupos sociales. Este fenómeno fue, y sigue siendo, un contrapeso al control político característico de los períodos anteriores, y a su vez significó la aparición y el fortalecimiento de una opinión pública que poco a poco se fue integrando como parte de la vida pública mexicana. Es decir, la sociedad mexicana ha sido cada vez más plural en el aspecto ideológico, y han aparecido nuevos actores que no quieren ni pueden reconocerse en el entramado tradicional del quiebre político.

Esta situación tiene como telón de fondo la paulatina ruptura con el control unitario de economía y Estado a través del presidente y su partido; es decir, el tránsito de un Estado nación centralista y autoritario a un Estado nacional que pretende ser democrático y estar plenamente integrado al contexto de la globalización y la mundialización. En lo que respecta a la identidad nacional, recordemos que en este contexto no existen pautas culturales uniformes, sino un patrón complejo de diferencias de identidades étnicas y regionales, creencias y tradiciones que se interrelacionan y adquieren nuevos significados de manera continua. De ahí la importancia de considerar las perspectivas del pluralismo cultural y el multiculturalismo como opciones viables de organización social.

Todas estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que la identidad nacional mexicana constituye, hoy en día, sólo un referente comunitario entre muchos otros. Lo cual no significa que haya dejado de ser importante para comprender y explicar el orden y funcionamiento de nuestra sociedad. Precisamente a eso se refiere una tercera y última pregunta de investigación: *¿Sigue siendo relevante hoy en día hablar de una sola identidad nacional mexicana en el análisis sociológico?*

Como se ha indicado, actualmente la identidad mexicana no es *una sola*; de hecho, se puede decir que nunca lo ha sido. Sin embargo, es evidente que el conjunto de referentes simbólicos y contenidos culturales que han sido asumidos por el conjunto de la población para definir al *pueblo mexicano* a lo largo de la historia nacional, no se han perdido completamente en el mar de la mundialización. Además, el Estado nación mexicano, pese a todas las consideraciones, sigue siendo la mayor estructura de organización de la vida social de los habitantes del territorio mexicano; y, por consiguiente, se sigue requiriendo la condición de “nación” y “nacionalidad mexicana” para la consecución de ciertas metas, fines y valores personales y colectivos. De ahí la importancia del tema de la identidad mexicana en el análisis sociológico.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor (1993). "La invención de México", en *Nexos* No. 172.
- Alducin, Enrique (2000). "Macrotendencias y escenarios valorales de las primeras tres décadas del siglo XXI", en J. Millan y A. Alonso (comps.) *México 2030. Nuevo siglo, nuevo país*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Alfie, Miriam (2005). *Democracia y desafío medioambiental en México*. Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco/ Ediciones Pomares, México.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Aziz Nassif, Alberto (2003) "La democracia incipiente", en *Metapolítica*, Núm. 30.
- Báez- Jorge, Félix (2004) "La Virgen de Guadalupe", en E. Florescano (coord.) *Mitos mexicanos*, Taurus, México.
- Bauman, Zigmunt (2002) *La sociedad sitiada*, Antrophos, Barcelona.
- Bartra, Roger (2005). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México.
- Beck, Ulrich (1998). *La Sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
- Béjar, Raúl (1986) *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1993). "Introducción. Nuevos perfiles de nuestra cultura", en G. Bonfil Batalla (coord.) *Nuevas identidades culturales en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- _____ (1994). *Méjico Profundo. Una civilización negada*, Grijalbo, México.
- Brading, David (1993). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Ediciones Era, México.
- Castells, Manuel (1999). *La era de la información, Vol. II. El poder de la identidad*, Siglo XXI, México.
- Cappello, Héctor (1993). "Variantes de la identidad nacional", en G. Bonfil Batalla (coord.) *Nuevas identidades culturales en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

- Guerra, Francois Xavier (1997). "La nación en América Hispánica. El problema de los orígenes", en M. Gauchet, P. Monet y P. Rosanvallon (Dir.) *Nación y modernidad. Nueva visión*, Paidós, Buenos Aires.
- Hastings, Adrian (2000). *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid.
- Iturriaga, José (1982). *La Estructura Social y Cultural de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Labastida, Julio, Martín Del Campo y Antonio Camou. *Globalización, identidad y democracia. México y América Latina*. Siglo XXI, México.
- Loaeza, Soledad (1996). "La sociedad mexicana en el siglo xx", en J. J. Blanco y J. Woldenberg (comps.) *México a fines de siglo*, tomo 1, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Lomnitz, Claudio (1999). *Modernidad india*, Planeta, México.
- López Austin, Alfredo (2004). "El águila y la serpiente", en E. Florescano (coord.) *Mitos mexicanos*, Taurus, México.
- Maihold, Günther (2004). "Modernidades en México. ¿Senderos de una modernidad diferente?", en G. Maihold (Comp.) *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, M. A Porrúa/ Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina (ADLAF), México.
- Mardones, José María (2001). "El multiculturalismo como factor de modernidad social", en F. Colom (Ed.) *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo*, Antrophos/ Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, México.
- Meyer, Lorenzo (2002). "El último decenio: años de crisis, años de oportunidad", en *Historia Mínima de México*. El Colegio de México, México.
- Moya López, Laura A. (2003). *La nación como organismo. México: su evolución social 1900- 1902*, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco/ M. A. Porrúa, México.
- Olivé, León (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*. Paidós, México.
- Paz, Octavio (2004). *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, México.

- Pérez Montford, Ricardo (2002). "Down Mexico Way" Estereotipos y turismo norteamericano en el México de 1920 a 1940, en Aquiles Chihu (coord.) *Sociología de la identidad*, Universidad Autónoma Metropolitana- Miguel Ángel Porrúa, México.
- Pérez Vejo, Tomás (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Ediciones Nóbel S. A., Madrid.
- Ramos, Samuel (1993). *Historia de la filosofía en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Sartori, Giovanni (2001). *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, México.
- Serret, Estela (2002). *Identidad femenina y proyecto étnico*. Proyecto Universitario de Estudios de Género (PUEG), M. A. Porrúa, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Smith, Anthony (1997). *La identidad nacional*, Trama Editorial, Madrid.
- Tamayo, Sergio (1999). *Los veinte octubres mexicanos*. Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco, México.
- Tenorio, Mauricio (1998). *Artilugio de la nación moderna*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tönnies, Ferdinand (1986). *Comunidad y sociedad*, Losada, Buenos Aires.
- Villegas, Abelardo (1979). *La filosofía de lo mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- _____ (1993). *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Villoro, Luis (1999). *Estado plural, pluralidad de culturas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Weber, Max (1986). *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Woldenberg, José (1993). "Estado y partidos: una periodización", en *Revista Mexicana de Sociología* 2/ 93.